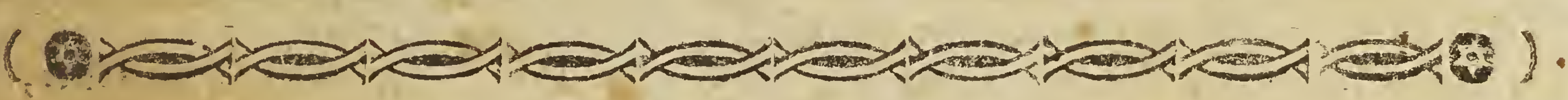
COMEDIA FAMOSA.

EL SABIO EN SU RETIRO, Y VILLANO EN SU RINCON, JUAN LABRADOR.

DE DON JUAN DE MATOS FRAGOSO,

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Alfonso.	*Beatriz, Labradora, Dama.*	*Gil, Villano.*
Don Gutierre, Galan.	*Costanza, Labradora, Dama.*	*Anton, Villano.*
Alvar Nuñez.	*Martin, Gracioso.*	*Tirso, Villano.*
Juan Labrador, Viejo.	*Jacinta, Villana.*	*Criados. Música.*
Montano, su hijo.	*Bruno, Villano.*	*Acompañamiento.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Beatriz y Jacinta, Labradoras, en trage de Damas, y detras Don Gutierre y Martin.

Beatr. Con qué estilo tan galan
tantas joyas me compró!
Jacint. Habla baxo, porque yo
sospecho, Beatriz, que van
siguiendo nuestras pisadas.
Beatr. Eso me ha dado temor.
Jacint. Vuelve muy apriesa Amor
por las prendas empeñadas.
Beatr. Lo que galante me ha dado,
de opinion he de perder,
si ahora llega á saber
la calidad de mi estado;
mas podrélo remediar
con darle otra prenda yo,
que valga mas. *Jacint.* Eso no.
Mart. Bien puedes, señor, llegar.
Gutier. Dirán que grosero soy.
Mart. No pierdas la coyuntura.
Gutier. No he visto igual hermosura
desde que en Sevilla estoy!
A mucha descortesía, *Llegan.*
hermosa Dama, tendreis,
y temo, que me culpeis
la poca advertencia mia,
en que me atreví á ofreceros
otra vez mi voluntad;
mas no me culpeis, culpad
esos divinos luceros,
que iman es del yerro mio,
que está en adoraros firme,
para poder resistirme

no me han dexado alvedrío.
Beatr. Cortesano Caballero,
que primoroso y galante
sabeis dorar, como amante,
los yerros de lisonjero;
agradecida al halago
de tan generosa accion,
con la misma obligacion
en que me dexais os pago;
pues quien logra la victoria
de liberal, tan sin susto,
aunque no avasalle el gusto,
ha de empeñar la memoria.
Yo os ruego, que no intenteis
seguirme, que en el lugar
donde hoy me visteis llegar,
muchas veces me vereis.
Y para satisfaccion
de que engaño no he de hacer
á quien confieso saber
tan noble demostracion,
esta sortija tomad. *Dale una sortija.*
Gutier. Por dulce prision la aceto,
y no seguiros prometo,
sino con la voluntad:
solo una palabra os quiero
suplicar, que me escucheis.
Jacint. Hidalgo, no me direis
quién es este Caballero,
porque el estilo no yerre
quando le vuelva á encontrar?
que es su valor singular.
Mart. Sabed, que este es Don Gutierre
Alfonso, hombre de valor.
Jac. Qué es más? *Mart.* Es, por justa ley,
de la Cámara del Rey
el mas valido señor:
mas para ser sin agravio
en Sevilla conocido,
le bastaba ser valido
del Rey Don Alfonso el Sabio.
La privanza no le altera
la afabilidad que veis,
mas pues no le conoceis,
debeis de ser forastera.
Jacint. Es, que en cerradas prisiones
vivimos como en destierro.
Mart. Diga usted, y en ese encierro
hay vara larga ó rejones?
Jacint. Qué estilo tan de Lacayo!
aquí para entre los dos,
es de Huete? *Mart.* Vive Dios,
que me la pegó al soslayo.
Gutier. Quiero con vuestra licencia,
saber la calle, y no mas.
Beatr. El noble no hace jamas
á la que quiere violencia;
y así, quedaros podeis,
supuesto, que es cosa llana,
que aquí me vereis mañana.
Gutier. Basta que vos lo mandeis:
yo no pasaré de aquí,
satisfecho que os veré.
Beatr. Pues yo de aquí pasaré,
si vos me obligais así.
Gutier. Digo, que vais en buen hora.
Beatr. Obligada voy de vos.
Gutier. Id con Dios.
Beatr. Quedad con Dios. *Vanse las dos.*
Mar. Qué tenemos? *Gutie.* Que es señora
de gran calidad, sin duda.
Mart. Lindamente te ha engañado.
Gutier. Yo me doy por bien pagado.
Mart. No hayas tú miedo, que acuda
donde dice puntual.
Gutier. Prenda ha dexado bastante,
pues me dió en este diamante
una estrella. *Mart.* Ese es cristal;
socarrona lapidaria
debe de usar de esa flor.
Gutier. No vi hermosura mayor.
Mart. Será alguna estrafalaria.
Gutier. Antes, Martin, imagino,
que corrido me dexó,
pues es mas lo que me dió.
Mart. Tú das en un desatino,
fingiendo estar mejorado,
porque no te llamen necio.
Gutier. Para mí no tiene precio,
Martin, un término honrado.
Mart. Término honrado es tomar
mas de trescientos escudos
de joyas de oro? *Gutier.* A los mudos
harás, porfiando, hablar.
Mart. Tengo razon; pues ignoras
los embustes y quimeras

de mugeres callegeras,
que andan pescando á estas horas?
Una sale con rigor,
que no se ha de destapar,
y es, que es fea, y quiere usar
del recato por primor.
Esta, fiada en el pico,
dos melindres y un enfado,
y algo de un ojo rasgado,
que encubre nariz y hocico,
pesca con solo un anzuelo
pececillos camarones,
guantes, tocas y listones
del boquirrubio mozuelo.
Y viendo que por la posta
la siguen en conclusion,
qué hace? muestra el mascaron,
y se va libre y sin costa.
Otra viene muy fiada
en la cara bien compuesta,
descubierta á la respuesta,
y á quanto pide tapada.
Dice, que tiene marido
zeloso, y que es menester,
para que la puedan ver,
recato muy conocido.
Pesca medias, chocolate,
y algun dixe moderado:
por dar á entender estrado,
aplica al escaparate.
Y andando como peonza,
dice, que vive á diez altos
en calle de treinta tratos,
y escapa como una onza.
Otra sale muy deidad,
con que á una enferma va á ver,
y la enferma viene á ser
ella, ó su necesidad.
Y despues que hace una pella
de cosas que va á llevar
á la enferma, suele dar
con la palabra doncella.
Y si el pobre con enfado
muestra enojo, muy falsita
le responde: Quita, quita:
lleve usted lo que me ha dado.
Y viendo el empeño duro
en que se halla el inocente,
por regalos de presente
se clava en favor futuro.
Y exâminados los modos
de su recato y la fe,
se sabe despues, que es de
Cimbrios, Lombardos y Godos.
No para aquí la emboscada:
otras hay, que andan al vuelo,
no ponen cebo ni anzuelo,
ni van reparando en nada;
porque son red barredera
de los altos y los baxos.
Estas pescan renacuajos,
mariscan toda ribera,
porque toman avellanas,
duraznos, melocotones,
huevos, sardinas, melones,
besugos, peras, manzanas;
y quando de estas crueles
zarandajas han cogido,
vienen á darse á partido
de rábanos y pasteles.

Gutier. No es aquella celestial
hermosura, á quien mi pecho
se rinde, de las comunes
mugeres, que en el aseo,
discrecion, donayre y gracia,
un no sé qué de respeto
causaba, que el alma absorta
en tan divino portento,
quedó presa, publicando
la dicha del cautiverio.
Ay Martin! yo estoy sin vida.

Mart. Si te inclinaste tan presto,
cómo no vas en su alcance?

Gutier. Por no parecer grosero
en la porfía, y tambien
porque no me echase ménos
el Rey, que suele á estas horas
vestirse, y fuera defecto
en mi atencion, el faltar
á la obligacion que tengo.

Mart. A Palacio hemos llegado,
y si no me engaño, creo,
que aquellas mismas tapadas,
que de ti se despidieron,
van por allí presurosas
atravesando el terrero.

 Gutier.

Gutier. Les ha dispuesto la suerte
aqueste segundo encuentro,
por tu vida que las sigas.
Mart. Voy tras ellas, porque entiendo,
que esas aves de rapiña
te quieren dar pan de perro. *Vase.*
Gutier. Con eso sabré quien es
la que arrastró mis afectos
tan de improviso, que dudo
en tan venturoso empleo,
si fué primero el mirarla,
ó fué el rendirme primero:
pero el Rey sale: aquí importa,
amor, que disimulemos.
Salen el Rey, Alvar Nuñez y acompañamiento, y canta la Música.
Musica. O qué de veras me matan
tus burladores ojuelos!
muy graves son para niños,
muy libres son para negros.
O qué esquivo tu semblante
se mejora en lo travieso,
pues cada vez que se muda,
es mas parecido el Cielo!
Rey. No prosigan mas: no he dicho,
que nunca amorosos versos
me canten, de afectos vanos,
que es gastar sin fruto el tiempo?
Faltan heroycos asuntos,
en que pueda el noble ingenio
discurrir aprovechando?
Lo demas es vano empleo,
que la Música ajustada
de la historia á los sucesos,
regalando los oidos,
deleyta el entendimiento.
Ay divina Labradora! *ap.*
qué mal con tu industria intento
disimular mi cuidado!
pues desde que te vi, creo,
que quanto respiro es ansia,
quanto imagino es tormento,
sin que pueda declararme:
que el decirlo y padecerlo,
es dos veces ser humano,
y así es mejor el silencio:
que el que es deidad en la tierra,
y goza los privilegios
de soberano Monarca,
ha de dar á entender cuerdo,
que está libre de pasiones,
que no es bien que en ningun tiempo
se vea defecto en quien
ha de castigar defectos.
Musica. En llama transforma el ayre
para su venganza el Griego,
y en un caballo introduxo
en Troya el mayor incendio.
Rey. Hipérbole de Poeta
fué el decir, que en el arresto
del Paladion Troyano,
se introduxo en Troya el fuego.
Alabo el docto artificio,
mas lo apócrifo condeno:
no necesita la historia
de episodios lisonjeros,
ni de eloqüentes matices,
claro, puro y verdadero
ha de ser el Coronista,
que los adornos superfluos,
ofuscando la noticia,
hace sospechoso el cuento.
Los retóricos colores
se permiten al ingenio,
que con altas fantasías
procura aplausos discretos.
Pintan la verdad desnuda
los Antiguos, suponiendo,
que así queda mas hermosa
á los Anales del tiempo.
Por eso yo, persuadido
de un curioso y justo zelo,
la Historia de España escribo,
solamente con intento
de dexar acreditada
empresa de tanto peso,
pues solo es digno de un Rey
el escribir los sucesos
de lo que pasa en un siglo,
pues independente de ellos,
ni dará alabanza al malo,
ni quitará fama al bueno.
Gutier. Por esos y otros estudios,
á vuestra Magestad dieron
nombre de Sabio los doctos.
Rey. Ese nombre no merezco,
pues

pues siempre fué limitado
el humano entendimiento;
y respecto de lo mucho
que hay que saber en los tiempos,
es siempre mas lo que ignora,
que lo que sabe el discreto.
Bien es verdad, que aplicado
desde mis años primeros
á diversidad de estudios,
fuí capaz de comprehenderlos,
tanto, que á los veinte y dos
años compuse un Compendio
de toda la Astrología,
á quien intitulé yo mesmo,
Tablas Alfonsinas, por
vanagloria del ingenio,
pues de los nobles estudios
es solo el aplauso el premio.
Aunque atareado en las letras,
no por eso yo me tengo
por mas Sabio, pues al paso
que voy los profundos senos
de las ciencias penetrando,
me parece que sé ménos,
pues veo lo que me falta
por saber; de lo que infiero,
que el que presume de Sabio,
es solamente el mas necio.
Ménos sé que todos, pues *ap.*
tan mal mis pasiones venzo.
Cantad, proseguid. De qué, *ap.*
de qué me sirve el Imperio,
si no basta á defenderme
de mi valor el silencio?
Musica. Ya en cenizas desatado
se vé el arteson soberbio,
y de las Torres mas altas
es acreedor el incendio.
Rey. Y de mi pasion tirana *ap.*
se aumenta el oculto fuego.
No canteis mas: Alvar Nuñez,
avisad á los Monteros,
que salgo á caza mañana
á aquese Lugar ameno,
que llaman Vega-Florida:
Por ver (ay de mí!) si puedo, *ap.*
ménos cazador, que amante,
saber quién es aquel bello
prodigio, que entre sus flores
se hospedó para veneno
de mis sentidos. Gutierre,
conmigo esta tarde quiero,
que vais al monte. *Gutier.* Gran dicha,
señor, es iros sirviendo.
Rey. Confuso entre dos mitades, *ap.*
de amante y Rey me contemplo:
si callo, es mortal mi pena;
y si me declaro, veo,
que emprendo una accion indigna
de mi decoro y respeto,
y entre temor y esperanza
gólfos de dudas navego. *Vanse.*
Sale Martin. Albricias, señor.
Gutier. Qué dices,
Martin? *Mart.* Que sabido tengo
quién es la Dama tapada.
Gutier. Las albricias te prometo.
Mart. Juzgo que te has de quedar
helado si te lo cuento.
Gutier. Acaba, y no me dilates
la noticia. *Mart.* Fuí siguiendo
esta muger hasta el fin
del Lugar, siempre á lo léjos;
porque no echase de ver
de mi cautela el intento;
que el que exâmina curioso,
ofende como grosero.
Llegó la tal al Meson,
entró en él, y á un aposento
se fué derecha: yo entónces,
fingiendo que á un forastero
buscaba, me entré al descuido,
miro el aposento, y veo
desnudarse la tal Dama,
y transformarse al momento
en trage de Labradora;
quedé admirado y suspenso,
pues me pareció mas bella
en aquel rústico aseo.
Bien como suele la rosa
ostentar mas noble imperio
en su nativa esmeralda,
que no en el ramilletero.
Sacó un mozo luego un carro
alfombrado y bien compuesto,
y ella poniendo delante

del

del rostro un sutil pañuelo,
en él subió tan ayrosa
á sentarse, que sospecho,
que su hermosura cifraba
aquel florido bosquejo
de Amaltea, quando al campo
el Abril restituyendo,
lucido esquadron de flores
va por el ayre esparciendo.
Iba un villanejo á pie,
y preguntéle resuelto
quién era? y me respondió:
para qué quiere saberlo?
No echa de ver, que es la hija
de Juan Labrador mi dueño?
Es un pasmo, dixe; y dónde
vive? Replicó el mozuelo:
En Vega-Florida vive,
aquese cercano Pueblo
del bosque que caza el Rey;
y como un Halcon ligero,
esta Circe encantadora
se desvaneció en el viento,
dexándonos convertidos
en mono yo, y tú en podenco.

Gutier. Jesus, y qué disparate!
Ahora bien, Martin, supuesto
que el Rey mañana va á caza
á Vega-Florida, tengo
de saber con qué motivo
aqueste imposible bello,
en trage de Cortesana,
vino á burlar mis deseos,
vino á rendir mi alvedrío,
vino á matarme tan presto,
que aun para soñado es mucho,
y para verdad no es ménos. *Vanse.*

Salen Juan Labrador de Villano, Viejo, Tirso, Bruno y Anton, Labradores.

Juan. Salid acá, engolillados,
alto á trabajar, que el dia
empieza á romper. *Tirso.* Por qué,
señor, preguntar queria,
nos llamas engolillados?

Juan. Pues no es acaso el enigma:
Mirad, suele el Cortesano,
por desprecio, monterillas
llamar á los Labradores,
y porque el modo me pica,
yo tambien engolillados
os llamo por ignominia.

Anton. Muesamo ha dicho muy bien,
doyle á la Corte dos higas.

Juan. Ea pues alto al trabajo:
tú, Anton, al campo camina,
y para arar los repechos,
que están juntos á la Ermita,
llevad diez pares de bueyes,
y otros de mulas: aprisa
á la labor. *Anton.* Como es barro
lo mas de aquella campiña,
otra mula llevaré.

Juan. Lleva quatro, y quantas pidas,
pues tantas me ha dado el Cielo,
por su bondad infinita,
que ignoro el número de ellas:
quién mi fortuna no envidia?
Tú, Bruno, vete á la cuesta
donde Costanza vendimia.

Anton. Mas importan tus ganados,
que la Corte de Sevilla.

Juan. Y de unas uvas doradas,
que se vengan á la vista,
bordadas del puro aljofar,
que las yela y las matiza,
llena quatro ó cinco cestas,
que lleves á las vecinas,
y la mejor al Doctor:
que aunque nunca en mi familia
ha curado enfermedad,
gracias á Dios, cada dia
le regalo anticipado,
porque no me haga visitas,
ni le dé ningun cuidado
la salud, que Dios me envia.

Bruno. Voy, señor, ántes que el Sol
comience á esparcir sus iras. *Vase.*

Juan. Tú, Tirso, avisa á Montano,
y á Beatriz mi hija avisa,
que acudan á sus tareas,
que aunque son prendas queridas
del alma, y no han menester
el trabajo todavía,
para exemplar de los otros,
el que en lugar corto habita,
ha de usar prudentemente

del ocio, como fatiga.
rso. Voy á hacer lo que me mandas:
primero iré á la cocina. *Vase.*
ian. Gracias os doy, Gran Monarca
del Cielo, por tantas dichas
como me habeis dado, pues
quanto distingue la vista
por todo aqueste Orizonte,
desde esa Sierra vecina,
hasta aquel profundo Valle,
poblado de altas olivas,
me reconoce por dueño;
y de suerte la campiña
cubren todos mis ganados,
que quando á beber se arriman,
el mas caudaloso arroyo
para pasar á otra orilla,
le agotan, con que la puente
de su misma sed fabrican.
Es del matizado enxambre
de mis colmenas floridas
tanta la miel abundante,
que en ruecas de oro al Sol hilan,
que rebosando en los bordes,
por el corcho se destila
hasta el suelo, donde encuentra
tal vez la leche vertida
del tarro, que al Pastor sobra,
ó la hartura desperdicia,
con que plato dulce aquí
tienen tambien las hormigas.
De azules uvas colmados
mis lagares, fertilizan
las cubas y las tinajas;
y aunque son casi infinitas,
y cada Octubre se añaden
otras tantas, de mis viñas
es tanto el opímo fruto,
que siempre por la vendimia
vengo á tener una extrema
necesidad de vasijas.
Amontonado en las eras
tengo el trigo algunos dias,
miéntras se ensanchan los troxes,
ú otros silos se fabrican,
con que es depósito el campo
del oro de mis espigas,
hasta que por el Otoño
lo restituyo á sus minas.
Mas no es esta la mayor
fortuna, que me acredita
de venturoso, sino
el contento y la alegría
con que vivo en este estado,
porque de todas las dichas,
no es mejor la que se tiene,
sino la que mas se estima.
En este Lugar nací
entre castaños y encinas,
y jamas he visto al Rey
ni á la Corte de Sevilla,
con estar de aquí dos leguas,
que en sesenta años de vida,
parecerá, que es capricho
de extravagante porfía;
pues no es sino natural,
que es tanta la antipatía
con que miro al Cortesano,
de ceremonias fingidas
vestido siempre el semblante,
que juzgo no trocaria
por sus levantadas Torres
aquesta humilde Alquería.
Con mis Zagales aquí
vivo honrado y sin codicia
de honores vanos: ó quánto
yerra aquel, que solicita
encumbrarse á las Estrellas
para dar mayor caida!
Exemplo el gigante Roble
me ofrece, quando á las iras
del embravecido Noto
rindió su soberbia altiva;
pero la caña, que humilde
estuvo en su estado fixa,
burlando de sus violencias,
no peligra en la ruina.
Salen Beatriz, Jacinta y Montano.
Mont. Aquí está, los dos lleguemos.
Beatr. Padre y señor? *Llegan.*
Juan. Beatriz mia?
hijo Montano? qué es esto?
Mont. Pedirte, señor, queria
un favor solo. *Beatr.* Lo mismo
de ti mi amor solicita.
Mont. Pero no te has de enojar.
Juan.

Juan. Prendas del alma queridas,
alivio de mi vejez,
qué cosa habrá, que me pida
vuestra humildad, que no haga?
Quanto los ojos registran
es vuestro, y para vosotros
lo adquirieron mis fatigas.
Mont. Pues, señor, porque te alegres
alguna vez, por tu vida,
que salgas á ver al Rey,
que hoy dicen, que á nuestra Villa
viene á cazar, y ya el Pueblo
á recibirle camina
fuera del Lugar. *Beatr.* Disponte
á hincarle la rodilla,
pues que nos mantiene en paz,
tanta rustiquez olvida.
Mont. Ponte el vestido de fiesta,
y muy galan::- *Juan.* No prosigas:
qué es ver al Rey? estais locos?
Lo que nunca hice en mi vida,
tampoco he de hacerlo ahora;
yo he dado en esta porfía:
servirle y no verle quiero,
y no es en mí grosería,
sino atencion y respeto:
que el Sol, Monarca del dia,
alumbrándonos á todos,
ciega á aquel que le registra,
dando á entender, que se ofende
del que su luz averigua.
Al Rey no he de ver la cara,
porque ya en la postrer línea
de mis años, fuera ocioso
lograr su vista sin vista.
Daráme, porque le vea,
Encomienda ó roxa Insignia?
Yo puedo servirle mas,
que de desprecio y de risa?
Amarle y obedecerle
me toca con lealtad fina,
como á Deidad Soberana,
pero á verle no me obliga.
No quiero ver Reales pompas,
que yo tambien, si se mira,
como Sabio en mi Retiro,
soy Rey de aquesta Alquería.
Mis Ciudades son los riscos:
los campos son mis Provincias,
de quien es Cetro el arado,
que asido á la mano mia,
va con igualdad formando
los surcos, cuyas campiñas,
bien gobernadas del brazo
que su aspereza cultiva,
allanando la que sube,
subiendo la que se humilla,
fértiles ricos tributos
me ofrecen agradecidas.
Las alfombras y brocados
el Mayo me los matiza;
mis doseles son los troncos,
y no de flores texidas,
sino de frutas sabrosas:
mirad quál será mas rica,
allá una sombra, que adorna,
ó aquí una verdad, que obliga?
O dichosa á todas horas
amada soledad mia!
solo tu silencio adoro,
solo tu quietud me alivia.
De qué puede aprovecharme
ver la Magestad altiva,
faustos, Coronas y Cetros,
si al fin no hay segura dicha,
y en una mortaja paran
del Mundo las alegrías? *Vase.*
Beatr. Dexémosle con su tema:
qué opinion tan exquisita!
Mont. Quando otros por ver al Re
largas jornadas caminan,
él se retira y esconde.
Jacint. Qué necia filosofía!
Beatr. A qué racional no alegra
ver la presencia y la vista
del Príncipe soberano?
Jacin. No vi tan ruda porfía.
Mont. Diferente condicion,
Beatriz hermana, es la mia,
pues muero por ver la Corte,
y aquesta rústica vida
me cansa, y solo me agradan
cortesanas bizarrias,
adornos, plumas y galas,
que lo demas es mentira.
Beatr. Tienes razon, porque yo,
siem-

siempre que dexo la Villa,
y á la Corte voy, no hay gala,
por mas vistosa y mas rica,
que no estrene mi cuidado:
tú, Montano, ahora mira
cómo puede estar gustosa
en una Aldea pagiza,
quien todos sus pensamientos
tiene en la Corte? Ay Jacinta!
Gutierre Alfonso es mi norte,
en él mi ventura estriba.

Mont. Muy bien podria mi padre,
con la riqueza infinita,
que le ha dado el Cielo, darte
por esposo, Beatriz mia,
un gran Caballero, pues
darte con él bien podia
cien mil ducados de dote.

Beatr. En su condicion es risa
pensar, que ha de darme estado,
que no sea á la medida
de su humilde nacimiento,
pero la eleccion es mia.
Yo voy á la Iglesia, hermano,
porque oí decir, que oiria
Misa en ella el Rey. *Mont.* Si allá
vieres á Costanza, dila
mis finezas. *Beatr.* Para qué?
si viene, puedes decirla
tu amor, que un amante firme
mejor su pasion explica.

Mont Dices bien: á Dios. *Beat.* A Dios.

Jacint. Señora, vamos aprisa,
que el que las joyas te dió
por allí pasa. *Beatr.* Ay Jacinta,
del amor que le he cobrado,
mucho me temo á mí misma. *Vanse.*

Sale Costanza.

Mont. En hora buena, Costanza,
tu hermosura peregrina
salga á dar rayos al Sol,
que ya avaro me decia,
murmurando entre las hojas
de esa floresta sombría:
Campos, que viene Costanza;
flores que amanece el dia.

Cost. Para otra ocasion, Montano,
dexa las lisonjas tibias,
que ahora vamos á ver
al Rey, que viene á esta Villa.
Tú eres rico, yo soy pobre,
y si mi hermosura estimas,
ó súbeme á tu riqueza,
ó á mi pobreza te humilla.
Tú ahora con el amor
consulta mis tiranías,
pues no he de oir tus finezas
sin que el Cura las bendiga. *Vase.*

Mont. Escucha, detente, aguarda:
de sus hebras de oro asida
me lleva el alma; mas quién
logró sin pension las dichas? *Vase.*

Salen el Rey, Don Gutierre, Alvar Nuñez y Martin.

Rey Con la ocasion de la caza *ap.*
he venido á aquesta Aldea,
por si otra vez llego á ver
aquella Serrana bella,
á quien me inclinan los Astros,
con tan oculta violencia,
que ignoro si en mis sentidos
es esta importuna idea
afecto de pasion noble,
ó influxo de mis Estrellas.
Famoso Templo, Alvar Nuñez!

Alvar. Señor, para ser Aldea,
es el pórtico admirable.

Gutier. Un hombre rico hay en ella,
que de Ornamentos y Altares
la enriqueció de manera,
que iguala á las de la Corte.

Rey. Antes de entrar en la Iglesia,
la curiosidád me llama
á ver una extraña piedra,
losa ó sepulcro entallado
de tan desusádas letras,
que la atencion prende. *Gut.* Alguna
memoria será de aquellas,
que los Antiguos ponian
en las sepulturas.

Al paño Beatriz y Jacinta.

Jacint. Llega,
Beatriz, sin temor. *Beatr.* Jacinta,
el verle me desalienta,
que sin duda es gran señor:
murió mi esperanza necia.

Jacint. Mucho mas iguala amor.
Beatr. Cómo quieres tú que sea
posible, que un Caballero
por esposa á una hija quiera
de Juan Labrador? *Jacint.* Señora,
no fueras tú la primera,
que al dosel desde la abarca
llegaras.
Al paño Gil, Anton, Tirso y Bruno.
Tirso. Gil, no nos sienta.
Gil. Pisa quedito. *Bruno.* Ya estamos
viendo su perliquitencia.
Tirso. Oyes, tambien tiene barbas
como yo. *Gut.* Pues vuestra Alteza
muestra el semblante risueño,
sin duda, que su extrañeza
le entretuvo. *Rey.* Es la mas rara
inscripcion y la mas nueva,
que vi en mi vida, y merecen
ser de diamante sus letras:
extraño epitafio! leedle.
Gutier. Dice de aquesta manera: *Lee.*
Yace aquí Juan Labrador,
que nunca sirvió á Señor,
ni vió la Corte ni al Rey,
y venerando su ley,
ni temió ni dió temor,
ni tuvo necesidad,
ni estuvo herido ni preso,
ni en sesenta años de edad
vió en su casa mal suceso,
envidia ni enfermedad.
Alvar. Epitafio peregrino!
Rey. No habrá en el mundo quien pueda
dexar tan rara memoria.
Gutier. No pone año de la fecha,
ni quándo murió. *Rey.* Es verdad.
Yo me holgara, que viviera,
para conocer á un hombre
tan singular. *Gutier.* Cosa es esa
fácil de saber, señor.
Mancebo, el de la montera,
llegaos aquí, no temais.
Tirso. Qué manda su reverencia, *Llega.*
digo, su paternidad,
su jamestad ó insolencia,
su merced ó señoría?
De los pies á la cabeza
alguna le ha de acertar.
Gutier. Mirad que os habla su Alteza.
Rey. Cómo os llamais? *Tirs.* Señor, Tirso.
Rey. Sois pastor? *Tirso.* Y de unas fieras,
que es desvergüenza nombrarlas,
y vergüenza el no comerlas.
Rey. Decidme, quién es aquí
Juan Labrador? *Tirso.* Só una bestia,
no quitando lo presente,
y no sabré dar respuesta;
á Beatriz se lo pescude.
Rey. Quién es Beatriz? *Tirso.* Es aquella
Serrana, que se recata,
del Pueblo la mas discreta.
Gutier. Serrana hermosa, llegad,
que os llama el Rey. Mas no es esta, *ap.*
Cielos, la que adoro? *Rey.* Amor, *ap.*
qué es lo que vén mis potencias?
este es el bello motivo,
que me conduce á esta Aldea.
Sale Beatriz. A vuestras plantas, señor,
está Beatriz. *Rey.* De la tierra
alzad, bella Labradora,
que se quejará la esfera
del Sol de este injusto aplauso,
viendo á mis pies sus estrellas.
Amor, qué absoluto imperio *ap.*
es el tuyo? O quién pudiera
pasar la voz á los ojos!
Beatr. Qué es lo que manda su Alteza?
Rey. El despejo es Cortesano:
Quién es en aquesta Aldea
Juan Labrador? *Beatr.* Es mi padre.
Rey. Luego vive?
Beatr. Y con tan buena
salud, que puede apostar
á duracion con las peñas,
pues siendo de sesenta años,
edad en que el hombre peyna
caducas canas, jamas
tuvo un dolor de cabeza.
Rey. Pues cómo en su sepultura
tiene ya puesta la piedra?
Beatr. Porque dice, que es un loco
el que fabrica vivienda
para cien años de vida:
y como ha de ser la huesa
su habitacion muchos siglos,
la edifica ántes que muera.
Rey. Y es rico Juan Labrador?
Beatr.

Beatr. Señor, mucha es su riqueza,
cincuenta pares de mulas,
y ochenta de bueyes, pueblan
la campiña en sus arados;
y en la rústica tarea
cien hombres tiene ocupados.
Rey Qué viste? *Beatr.* Una parda xerga.
Rey. En qué come? *Beatr.* En tosco barro.
Rey. Por qué causa? *Beat.* Es, que se precia
de ser humilde, y no gusta
de vanidades superfluas.
Rey. Es avariento? *Beatr.* Antes gasta
mucha parte de su hacienda
con los pobres, y para ellos
ciertas heredades siembra,
cuyo fruto igual con todos
le reparte en la cosecha.
Rey. Hombre extraño! y por qué causa
Filósofo se desdeña
de ver á su Rey? *Beatr.* El dice,
que le ama y le respeta
como humilde y buen vasallo,
y que le dará su hacienda,
pero que no quiere verle;
y es, gran señor, de manera
este capricho en que ha dado,
que siempre que vuestra Alteza
por aquí pasa, se esconde.
Rey. Dichoso él, que se contenta
con su estado, sin que aspire
á más fortuna, que aquella
en que nació; pero el modo
de despreciar mi grandeza
y no querer verme envidio;
y á no ser Rey, solo fuera
Juan Labrador: Y qué estado
dar á sus hijos intenta
con tanta riqueza? *Beatr.* Dice,
que aunque darme bien pudiera
cien mil ducados de dote,
que no quiere que yo sea
mas de lo que soy; y así,
con otro igual suyo piensa
en esta Aldea casarme,
que él no busca mas nobleza,
que aquella que Dios le ha dado,
y de ser lo que es se precia.
Rey. No será así, porque yo *ap.*
primero, Serrana bella,
al tósigo de mis ansias
moriré, que verte agena.
Y qué decis vos? *Beatr.* Yo tengo
tan alta, señor, la idea,
que no hay fortuna encumbrada,
que humilde no me parezca;
solo me agrada la Corte
y su hermosa diferencia.
Rey. Quieres venir á la Corte?
Beatr. Quando se case su Alteza
con la Infanta de Aragon,
cuya boda España espera,
entónces me llevará
para Dama de la Reyna;
porque para ménos juzgo,
que no saldré de mi tierra.
Mar. Parece que habla contigo, *A Gutie.*
no es la villana muy lerda.
Rey. A no ser vuestra hermosura
de inferior fortuna, fuera
muy fácil. *Gutier.* El Rey la mira.
Mart. Como es Sabio con prudencia,
las Leyes de la Partida
quiere acabarlas con ella.
Sale un Criado. Ya está todo prevenido,
bien puede entrar vuestra Alteza.
Rey. Yo buscaré otra ocasion *ap.*
para mejor poder verla,
sin nota de mi respeto.
Gutier. Toda la atencion me lleva. *ap.*
Rey. Vamos: qué os ha parecido,
Don Gutierre, la soberbia
del Filósofo Villano?
Gutier. Blasona con accion necia,
que á Señor nunca ha servido,
ni ha querido ver la Regia
Magestad: dos vanidades
á su humildad bien opuestas.
Rey. Que por no verme se esconde,
y servir á otro condena!
confieso, que me he picado;
yo dispondré de manera,
que sirva á Señor, y que
hoy Juan Labrador me vea. *Vase.*
Villan. Viva Alfonso, viva. *Vanse.*
Beatr. Viva,
pues viene á honrar nuestra Aldea.
Gutier. Serrana hermosa, en quien puso
luces el Sol y Amor flechas,

escúchame dos palabras.

Beatr. Sí haré, como mas no sean.

Gutier. La primera es, que en la Corte
vi vuestra rara belleza;
y la segunda, que al punto
os rendí el alma en ofrenda.

Beatr. No soy la que vos pensais,
que hay muchas que se parezcan.

Gutier. No puede engañarse el alma,
que es oculta providencia,
que reconozca la herida
del delinqüente la ofensa.

Beatr. Cómo quieres á la Corte
me vaya á ser Bandolera,
teniendo segura yo
á quien matar en mi Aldea?

Gutier. Es, que son aquellos triunfos
de mejor naturaleza,
y la que es deidad humana,
con pocos no se contenta.

Beatr. Mirad, que estais engañado.

Gutier. Ved, que es aquesto evidencia:
podeis negar, que esa mano,
en cambio de mis finezas,
me dió, para ser dichoso,
en un diamante esta estrella?
Con qué motivo escondeis
la mano y tirais la piedra?

Beatr. Es, que la distancia que hay
entre los dos, desalienta
mi inclinacion. *Gutier.* De dos voces
alta y baxa, el arte ordena
una conforme armonía:
luego el amor bien pudiera
unir de dos voluntades
una música perfecta,
que en su punto con el alta
conformase la pequeña.

Beatr. Así es verdad. *Gutier.* Pues de qué
os rezelais? *Beatr.* No quisiera,
que por faltar á la prima,
destemplase la tercera.

Gutier. Mucho mas puede el amor.

Beatr. Un olmo tiene esta Aldea,
adonde de noche, al son
del pandero y la vihuela,
se juntan las Labradoras;
si disfrazado á la fiesta
venis, los dos hablaremos.

Gutier. Valdréme de esa cautela.

Beatr. Y ahora, porque nos miran,
me voy con vuestra licencia,
por no dar nota. *Gutier.* En tus ojos,
Beatriz, el alma me llevas.

Beatr. Por esta os doy la memoria.

Gutier. Luego os quedareis sin ella?

Beatr. Es, que mi fe tiene muchas,
y unas van y otras se quedan:
y vos qué hareis? *Gutier.* Suspirar
miéntras durare esta ausencia.

Beat. Quién lo acredita? *Gut.* Mi amor.

Beat. Cómo lo sabré? *Gut.* En la prueba.

Bea. Quál será el testigo? *Gut.* El tiempo.

Beat. Solamente esa respuesta
esperaba: á Dios. *Gutier.* A Dios:
qué mal se templa una pena! *ap.*

Beat. Lo que un rendimiento obliga! *ap.*

Gut. Qué poco debo á mi estrella! *ap.*

Beat. Ah, si no fueras tan noble! *ap.*

Gut. Ah, si desigual no fueras! *ap.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Jacinta y Beatriz de Labradoras.

Beatr. Solo está el olmo, Jacinta.

Jacint. Todavía para el bayle
no se han juntado en su sitio
las mozas y los zagales:
muy temprano hemos venido.

Beatr. No es mucho me anticipase,
por ver si Gutierre Alfonso
estaba ya aquí, pues sabes,
que dispusimos los dos,
que viniese en otro trage
disfrazado para verme.

Jacint. Solo de esa suerte es fácil,
que os veais, sin que lo note
la malicia y villanage.

Salen Don Gutierre y Martin de Labradores.

Mart. En lo intrincado del bosque
atado el caballo á un sauce
dexé, señor. *Gutier.* No es posible,
que así nos conozca nadie:
este es el olmo, Martin,
donde vienen á juntarse
los Mancebos del Lugar

á hacer sus fiestas y bayles,
y adonde::- Pero qué miro!
Mart. Si no es ella, que me maten.
Jacint. El es sin duda. *Beat.* El rezelo
no es mucho que me acobarde.
Gutier. Gallarda hermosa Aldeana,
que con armas desiguales,
para este aplazado sitio
ayer me desafiastes,
no direis que no he cumplido
con el duelo, como amante,
pues deponiendo el adorno
cortesano, en este trage
rústico el amor me puso,
para no embozar verdades.
Ya, Beatriz, soy Labrador,
y para mí no era ultraje,
si como siembro suspiros,
cogiera seguridades.
Beatr. Mucho mas me obligaria
vuestra fineza en tal lance,
si como trueca el vestido,
las intenciones trocase.
Gutier. No es el agua de esta fuente,
que borda el florido márgen,
tan pura como la mia.
Beat. Tanto me quereis? *Gutier.* No vale
todo el Imperio del Mundo,
ni quanto el Cielo reparte,
para mí, lo que esos ojos,
esa gracia, ese donayre,
con que estos campos florecen,
dulce alimento suave
del alma. *Beatr.* Alimento dices?
luego podrás sustentarte
solo con verme? *Gutier.* Es verdad.
Beat. De qué suerte? *Gut.* No lo extrañes,
pues nuevos Sabios afirman,
que junto donde el Sol nace
una selva hay tan amena,
que viven sus naturales
del olfato de las flores,
que en aquellos campos nacen.
Si puede el olfato dar
alimento, no te espante,
si estos viven de un sentido,
que viva yo de mirarte.
Beatr. Con esas sofisterías
venis muy falso á burlarme:
mas porque no me trateis
con aquel comun ultraje
de falsa, tirana, aleve,
esquiva, ingrata, inconstante,
que son de los que se quejan
las ceremonias vulgares,
digo, que yo lo agradezco;
pero habeis de perdonarme,
que no he de corresponderos
por mas que os mostreis amante.
Gutier. Pues cómo se compadece
agradecer con desayres?
Beatr. Muchas veces la razon
al gusto no le persuade,
y deudas de la memoria
tal vez les niega el semblante.
Gutier. Quien dice agradecimiento,
dice favor. *Beatr.* Es constante;
pero el mio habrá de ser
con muchas condicionales.
Gutier. Y quáles son? *Beatr.* Ya sabeis,
que es Juan Labrador mi padre,
que aunque no es de sangre noble,
es tan limpio su linage,
que en la esfera de hombre llano
tiene todos los quilates,
para que en él se dibuxe
de la nobleza el esmalte,
como el preparado lienzo
del metal rudo, á quien hace
capaz para los relieves
de la materia lo hábil;
y que yo, siendo hija suya,
he de llevar adelante
esta vanidad humilde,
que de mí no está distante
lo noble mas que en la dicha,
pues quanto dispensa el arte
del cortesano exercicio,
primores y habilidades,
que allí en la Corte las Damas
de mas espíritu saben,
todo lo aprendí, y no soy
Labradora en el lenguage,
sino en el tiempo, que finjo
lo rústico por desayre.
Y sobre aquesta riqueza,
que puede otro lustre darme,
pues de la virtud y el oro

un noble compuesto se hace;
y quando mi pensamiento
Aguila al Sol se encumbrase,
dando glorioso motivo
á las memorias del jaspe,
no fuera error, pues que vemos,
que sobre el olmo gigante
hace nido el paxarillo,
sin que el frondoso menage
de sus hojas se desdeñe,
ántes del tirano ultraje
del cazador le defiende:
similitud Real, imágen
de atributo generoso,
que honrar al humilde sabe.
Pero para qué me canso,
Caballero, en declararme
con vos, si es imposible
lo que emprende mi dictámen?
Id con Dios, porque ya es tiempo
de que se comience el bayle,
y no será bien que os vean
en este sitio. *Gutier.* Escuchadme:
Qué imposible puede haber,
que mi fineza no allane?
Beatr. El mayor.
Gutier. Quál es? *Beatr.* Direis
que es locura. *Gutier.* En vos no cabe;
decidlo. *Beatr.* Pues entendido
tened, por último lance,
que si no os casais conmigo,
quanto intentais es en valde.
Gutier. Si solo en eso consiste
el favorecerme y darme
lugar en vuestra memoria,
porque mi fineza pase
al logro feliz que espero,
será una firma bastante
de mi mano? *Beatr.* Los papeles
no veis que los lleva el ayre?
Gutier. Pues cómo quieres que sea?
Beatr. Decirlo ahora no es fácil;
mas porque en secreto hablemos
los dos esta noche::-
Sale Montano. Qué haces,
hermana? *Beat.* A estos dos mancebos
decia, como mi padre,
para su labor, ya tiene
ogaño gente bastante,
y que mas no ha menester.
Mart. Señor, si miéntras durase
la vendimia, usted quisiere
añadir mas dos jornales,
le serviremos, y sepa,
que es mi compañero un grande
vendimiador de majuelos.
Mont. Y vos? *Mart.* Los vuelvo vinagre.
Mont. Pues de qué servis? *Mart.* Yo soy
vaquero. *Beatr.* Que me atajase *ap.*
el decirle el modo con que
podia esta noche hablarme!
Gutier. Si en mí repara, hay gran riesgo.
Mart. Pues yo haré por deslumbrarle:
y siendo vaquero, tengo
modos de ordeñar notables
á las vacas mas feroces.
Mon. De qué manera? *Mar.* Es muy fácil.
Tengo una piel de becerro,
y cubriéndome el semblante
con ella, me pongo en quatro
pies, pues que piensa la madre,
que soy su hijo, y se llega
muy mansa el pezon á darme:
Aprieto entónces la mano,
y lleno de leche un zaque,
y la voy dando papilla
miéntras me mira y me lame.
Mont. Cómo os llamais? *Mart.* Alcarraza.
Mon Y esotro Zagal? *Mart.* Juan Frayle.
Gutier. Y ambos de Sierra-Morena,
adonde por cierto lance
de amor, que tuve con otro
Pastor, fué fuerza ausentarme.
Mont. Vos teneis gentil presencia.
Mart. Y no da ventaja á nadie
en correr, saltar y hacer
extrañas habilidades.
Mont. Bien se echa de ver: los dos
hablad mañana á mi padre,
que podrá ser que os reciba.
Los dos. Pues á Dios.
Mont. No os vais, que es tarde;
y puesto que á este Lugar
á tan buen tiempo llegasteis,
favoreced nuestra Aldea
con ver y asistir al bayle.
Mart. Y si nos coge la noche,
habrá pajar? *Jacint.* Hoy reparte
el

el Alcalde cena á todos,
por ser fiesta, que el Pueblo hace
cada año por este dia.
Mart. Como haya cena, habrá catre,
porque en llenando el xergon,
no hay cuerpo que no descanse.
Qué grita es esta? *Jacint.* Ya todos
vienen al olmo á juntarse.
Salen los Labradores y Labradoras cantando y baylando.
Música. Viva la flor del amor,
viva la flor,
viva la flor del valle, viva la flor,
viva la flor del Alcalde,
que á todos fruto reparte:
viva la flor, viva flor,
viva la flor del amor.
Beatr. Cada qual tome su asiento
para entretener la tarde.
Mont. Aquí, Costanza divina,
puede tu beldad sentarse,
pues dicen, que el corazon
se inclina mas á esta parte.
Costanz. Aquí junto de tu hermana
estaré de mejor ayre.
Beatr. Esta es la primera vez,
Costanza hermosa, que el bayle
te ha merecido apacible.
De quándo acá tan afable
se permite tu hermosura
á los festejos vulgares?
Costanz. No es mucho, Beatriz amiga,
que este suceso en mí extrañes,
porque como mi retiro
es natural y no es arte,
juzgarás que es ligereza
venir al olmo esta tarde;
pues no es sino obedecer
á Juan Labrador tu padre,
que como en Vega-Florida
tiene el dominio que sabes,
me mandó que aquí viniese,
y que él tambien vendrá al bayle,
como galan, á servirme;
dueño es de las voluntades
en blandura y cortesía.
Beatr. Grande novedad se me hace,
que mi padre al olmo venga.
Mont. Ea, salgan los Zagales
á baylar, y cada uno
haga sus habilidades.
Mart. Préstenme unas castañuelas,
que quiero baylar: tocadme
el Villano. *Tirso.* Norabuena,
los Músicos se lo canten.
Música. El Villano, que no quiere
con su Dama ser galante,
tunda linda caiga en él,
que le muela ó que le ablande.
Al Villano, qué le importa
ser veloz de carcañales,
si al dan, dan, siempre está dócil,
y al den, den, nunca está facil?
Quando en su casa el Villano
tras, tras, á la puerta llame,
en viniendo sin tin, tin,
un to, to, da, que le ladre.
Mont. Salga ahora el compañero.
Gutier. Si haré; pero habeis de darme
licencia, para que yo
á una Dama á baylar saque.
Mont. Ese es voluntario estilo,
sacad la que os agradáre.
Gutier. Tocad un minué: á vos
os elijo. *Beatr.* Que me place.
Música. Pastores del monte,
baxad á estos valles,
porque el Dios Apolo
ya quiere ausentarse.
Gut. Con qué industria, Beatriz mia,
podré aquesta noche hablarte?
Beatr. Estad con cuidado, que
yo os lo diré en un Romance.
Música. El Planeta hermoso,
que á dar vida nace,
si despierta en flores,
ya muere en cristales.
Beatr. Advertid, que hablo con vos
quando un pañuelo sacare.
Tirso El Forastero y Beatriz
lo han hecho de muy buen ayre:
siéntense, y salga Costanza
con Montano. *Costanz.* Será en valde
persuadirme, porque yo
nunca he baylado. *Todos.* Pues cante.
Costanz. Norabuena, si es estilo,
que cada qual haga alarde
de su habilidad, yo quiero
obe-

obedecer: ea, dadme
el instrumento. *Bruno.* Allá va
de mano en mano. *Gut.* Inconstante
fortuna, á mi amor turbada, *ap.*
sed una vez favorable.
Canta Cost. Coronaba el Sol su frente
con los desdenes de Dafne,
que un noble rigor obliga
mas que un favor, si es mudable.
De lo esquivo de su planta
se formó un verde plumage,
porque sea un pie de nieve
heroyco Laurel de Marte:
Huya veloz y esquiva Dafne,
pues de olvido su memoria nace.
Beatr. Mas noble entretenimiento
es el hablar, cese el bayle
por ahora, y cada uno
algunos versos relate.
Tirso. Yo diré unas seguidillas.
Costanz Yo una glosa muy notable.
Jacint. Yo una cancion á una tuerta.
Anton. Yo á un gibado un vexámen.
Gil Yo á un coxo unos pies quebrados.
Beatr. Yo repetiré un Romance.
Tir. Empiece Beatriz. *Beat.* Ya empiezo,
es de una Comedia un lance.
A cierta Aldeana hermosa
festejaba un Cortesano,
él era un Sol de la Corte,
ella del monte un milagro.
Intentó lograr su afecto
el amante enamorado,
remitiendo á una promesa
todo el desempeño hidalgo.
Mas ella, que su honor precía
mas, que el Imperio mas alto,
porque teme una caida,
quiere que la dé la mano.
De firmas ni de palabras
no asegura su honor casto,
que quien en papeles fia,
se suele quedar en blanco.
Vencido de su hermosura,
vino á verla disfrazado,
y á las puertas de su Aldea
estando los dos hablando
en preguntas y respuestas
(que como Amor es letrado,
suele acotar agudezas
para convencer ingratos)
quando, porque ya baxaban
del Monte los Aldeanos,
le dixo la Labradora: *Saca el pañuelo.*
Caballero, con vos hablo:
ya veis, que de muchos ojos
no está seguro el recato;
si ántes que os vais á la Corte
quereis hablarme, hácia el campo
cae una puerta, que cubren
unos laureles copados,
por ella entrareis seguro,
y guiando el lento paso
á un cenador, que guarnecen
de una murta espesos ramos,
entre ellos podeis oculto
esperarme solo; y quando
en la mitad de su curso
la noche de su tocado,
para enseñar las estrellas,
desarrugue el negro manto,
baxaré á veros. Aquí
habia unos versos largos,
en que pintaba el Poeta
de Amor los triunfos y lauros,
de que no me acuerdo ahora;
otro refiera otro tanto.
Gutier. Con esto Beatriz me avisa *ap.*
del modo prudente y sabio
con que he de verla esta noche;
mi suerte se ha mejorado.
Tirso. Yo quiero decir mis copras:
pero aquí viene muesamo.
Sale Juan Labrador, y levántanse todos.
Juan. Buenas tardes, Caballeros,
Dios guarde al cónclave honrado:
habrá lugar para todos?
Cost. Quien le ha ganado entre tantos,
seguro tiene el de todos.
Juan. Nada perderá tu agrado
en dármele junto á ti,
Costanza hermosa. *Cost.* Si el lado
de mi humildad te merezco,
yo vengo á ser la que gano. *Siéntase.*
Juan Ea, prosígase el juego,
todos volved á sentaros,
que en mi mocedad me acuerdo,
que en el lugar donde estamos
era

era yo toda la envidia
de los mancebos gallardos,
vencia á todos corriendo,
ganaba á todos tirando;
mas (ó caduca memoria!)
qué aprisa al árbol lozano
marchitó sus verdes hojas
el Otoño de los años!

Tirso. Las mozas con los mancebos
comience á casar muesamo,
y no se le acuerde ahora
lo de los nidos de antaño,
y á mí me case el primero.

Juan. Sabed, si me haceis Vicario,
que he de casar muy de veras,
pues jamas, por ningun caso,
en mi vida hablé de burlas,
ni jugué nunca de manos:
dos cosas que ha de tener
el hombre prudente y sabio.
Esto supuesto, y que ya
es tiempo de dar estado
á mis hijos, yo quisiera,
Costanza, que este muchacho
Príncipe del Mundo fuera,
para honrarle con tu mano.
Yo no reparo en hacienda,
pues tanta el Cielo me ha dado,
sin merecerle ninguna,
que colmado estoy de quanto
puede discurrir la idea.
Lo que busco y lo que amo
para mi hijo, es muger
virtuosa, y si en ti hallo
discrecion con hermosura,
honestidad y recato,
no solicito otro dote,
pues juzgo, que dando en cambio
por la virtud mi riqueza,
que he comprado muy barato.
Y así, Costanza, dotarte
quiero en treinta mil ducados,
de lo mejor de mi hacienda,
no en alhajas ni brocados,
sino en tierras solamente,
que es del político trato
el tesoro mas seguro,
pues vemos, que los Palacios
perecen con las ruinas;
enferma el pobre ganado;
el oro mas escondido
suele hurtar la injusta mano;
todo en duracion peligra,
pero nunca falta el campo:
esto quiero y esto gusto,
q̃ se haga mañana, vamos. *Levántanse.*

Mont. Postrado á tus pies me tienes.

Cost. Hechura soy de tu mano.

Mont. Albricias, corazon mio, *ap.*
pues ya mi amor se ha logrado.

Jacint. Por qué, señor, á Beatriz
no casas tambien? *Juan.* No hallo
en el Lugar casamiento.

Jacint. Pues dásela á un Cortesano.

Juan. Cortesano? no en mis dias:
para que lo que he juntado,
y lo que adquirí sufriendo,
él lo desperdicie holgando:
en esto de casamientos
la igualdad es la que alabo:
á mí no me desvanece
la riqueza, Juan me llamo.
Yo solo quiero que tenga,
el que fuere su velado,
tres cosas, hombre de bien,
sangre limpia y paño pardo.

Todos y Música. Muchos años vivan
Costanza y Montano,
y su padre y todo
viva muchos años.

Mart. Que me degüellen, si hubiere
en el mundo hombre tan raro,
que la nobleza desprecie:
vive Dios::- *Gut.* Calla, y mis pasos
sigue, Martin; y pues ya
la noche rinde su manto,
yo haré, que de mí se acuerde
el Filósofo Villano. *Vanse.*

Salen el Rey disfrazado, y Alvar Nuñez.

Alvar. Que te haya puesto en cuidado,
gran señor, un Labrador!

Rey. Su entereza y necio error,
Alvar Nuñez, me ha picado:
y así, con este vestido,
cubierto el adorno Real,
vengo á ver este sayal
de la Magestad debido.
Y aunque sé, que la censura

de muchos me ha de culpar,
alguna vez se ha de dar
al Cetro una travesura.
Hacen á un Rey mas glorioso
los sucesos exquisitos,
porque tambien los escritos
se ilustran con lo curioso.
Quántos hay, que por saber
de Mundo el Trono dexaron?
Y quántos hay, que olvidaron
sus Patrias por querer ver?
Yo gusto, que ese mi error
se cuente por maravilla,
y que un Rey desde Sevilla
fué á ver á Juan Labrador.
Alvar. Pues, señor, no era mejor,
que él á ti te fuese á ver?
Rey. Eso era usar del poder,
y no lograr el primor.
Que con tal descanso viva
en su Retiro un Villano,
que á su señor soberano
ver para siempre se priva!
Que tanto capricho tenga
un hombre particular,
que pase por su Lugar,
y que á mirarme no venga!
Que le haya dado la suerte
un estado tan dichoso,
quando á mí el Cetro penoso
en afan se me convierte!
Que le sirvan sus criados,
y que obedezcan su ley,
y que se imagine Rey
de su tierra y sus ganados!
Que á la Púrpura Real
no rinda veneracion,
y que huelle la ambicion
desde su pardo sayal!
Que se me esconda en su casa,
quando paso por su puerta!
Pues vive 'el Cielo, que abierta,
ha de saber, que el Rey pasa.
Y que es locura, en rigor,
oponerse al Cetro Augusto,
para que vea, que es justo
ver y servir al Señor.
Y que en aquel mismo ser,
en que uno mas sobresale,
eche de ver, que no vale
la maña contra el poder.
Alvar. Otra mejor aventura
pensé, que aquí te traia.
Rey. Y quál es? *Alvar.* Yo juzgaria,
que de Beatriz la hermosura.
Rey. Un Angel me ha parecido,
Alvar Nuñez, mas no fuera
quien solo aquí me traxera,
si no me hubiera movido
este curioso primor
de mi extravagante idea,
y es, que á su pesar, me vea
este necio Labrador.
Alvar. Y adónde mandas que aguarde
la gente que te acompaña?
Rey. Al pie de aquella montaña,
hasta que el Sol haga alarde
de sus luces, pues aquí
esta noche he de quedar.
Alvar. Dentro estamos del Lugar,
y la casa veo allí
del Villano. *Rey.* Pues á Dios.
Alvar. A Dios, gran señor.
Rey. Advierte,
que aquesto ha de ser de suerte,
que no salga de los dos:
ha de casa. *Vase Alvar Nuñez.*
Dentro Tirso. Quién vocea?
Rey. Vive aquí Juan Labrador?
Tirso. Por ti pregunta, señor.
Sale Juan Labrador.
Juan. Quién quieres que ahora sea?
ten cuenta con el portal,
no se lleve alguna cosa,
que anda mucha gente ociosa,
y que vive de hacer mal.
Rey. No soy de esos que pensais,
que aunque parezco Extrangero,
soy un noble Caballero
de Sevilla. *Juan.* Qué mandais?
Rey. Perdíme en esa montaña,
sé que sois rico y sois noble,
até mi caballo á un roble
por la obscuridad extraña,
y á la Aldea vengo á pie,
donde el Cura me ha informado.
Juan. El Cura no os ha engañado,
cena y posada os daré,

no como allá en vuestra casa,
con platos y vanidad,
mas con buena voluntad,
al modo que acá se pasa:
cómo os llamais? *Rey.* Yo me llamo
Don Enrique de Guevara,
gran Caballero en Castilla.
Juan. Gran Caballero? Mal haya
quien por su lengua perdiere:
mas porque no caiga en falta,
sois merced ó señoría?
Rey. Vos con darme aquí posada
merced me hareis, y esa quiero.
Juan. Mirad vos lo que os agrada,
que os trataré, si gustais,
de Santidad, como al Papa;
porque si es ayre una voz,
y con ella se agasaja,
el ser del ayre avariento,
no sé que sirva de nada.
Rey. Mas pareceis Cortesano,
que Labrador. *Juan.* Como el agua
soy claro: sentaos ahora
miéntras la cena nos sacan,
y excusemos cumplimientos.
Gil, Tirso, Anton. *Sale Tirso.*
Tirso. Qué nos mandas?
Juan. Di que prevengan la cena,
y di á mis hijos, que salgan:
que tomeis asiento os ruego.
Rey. Vos os sentad. *Juan.* Excusada
es aquesa ceremonia,
por no decir ignorancia,
mandarme sentar á mí:
vos estais en mi posada,
os toca el obedecerme,
sin que repliqueis palabra;
sentaos vos, porque yo solo
puedo mandar en mi casa.
Rey. Yo estimo, como es razon,
una atencion tan hidalga. *Siéntanse.*
Juan. Hidalga no, Caballero,
pero atenta, aunque villana.
Rey. En verdad, que si en la Corte
os veo, os doy la palabra
de pagar el hospedage.
Juan. Yo en la Corte? linda chanza
gastais. *Rey.* Pues no puede ser?
Juan. Si allá me aguardais la paga,
no os pienso ver en mi vida.
Rey. Por qué la Corte os enfada?
Juan. Porque desde que nací
me estoy en esta montaña,
sin haber visto otro mundo,
y aunque me hicieran Monarca,
no saliera de mi choza.
Dos camas tengo, una en casa,
y otra en la Iglesia, estas son
mis dos alegres moradas:
una viviendo me abriga,
otra en muriendo me aguarda,
que de la cama al sepulcro
hay muy pequeña distancia.
Rey. Segun eso, en vuestra vida
habreis visto al Rey la cara?
Juan. Verdad es que no le he visto;
mas nadie con mas ventaja
venera su Real grandeza,
y sus leyes soberanas.
Rey. Pues dicen, que muchas veces
á este Lugar viene á caza.
Juan. Todas esas, escondido
por no verle, en mi intrincada
montaña emboscarme suelo.
Rey. Por no verle? y por qué causa?
Juan. Es, que aquí del Rey tambien
un no sé qué me acompaña,
que no envidio su grandeza,
pues sospecho, que es mas alta
la fortuna que aquí gozo;
que el que tiene ménos carga,
fué siempre el mas venturoso,
y aquí sin pensiones tantas,
me sobra el tiempo, y á él
el tiempo siempre le falta.
Rey. Ahora con mas razon, *ap.*
Villano, envidia me causas
con tu advertencia, la mia
por tu fortuna trocara.
Qué vida es la que teneis
aquí? que á mí me cansara.
Juan. Yo me levanto al Aurora,
el dia que me da gana,
y á Misa voy lo primero,
dando una limosna larga
al Cura, con que aquel dia
los pobres del Lugar pasan.
Rezo allí mis devociones,

y dando vuelta á mi casa,
almuerzo dos torreznillos
con un traguillo, que al ambar
aventaja el olor puro,
que despide su fragancia.
Trato de mi grangería
hasta las doce, en que acaba
mi familia sus haciendas,
y la mesa coronada
de mis hijos, me convida
á comer. *Rey.* Quietud extraña! *ap.*
Y qué comeis? *Juan.* Lo primero,
para que se abran las ganas,
pica la curiosidad
de una y otra fruta varia,
que os prometo, que en mis huertas
es tan grande la abundancia,
que lo que se desperdicia
es mas que lo que se gasta.
Luego viene algun pavillo
asado, que de migajas
se crió en ese corral,
y con otras zarandajas
se hace un honrado principio.
Tras aquesto una olla sacan
podrida, que os aseguro,
que no la come Monarca,
por muchas cosas que la echen,
mejor. *Rey.* Pues qué circunstancias
tiene mas que la del Rey?
Juan. Que se come con mas gana.
Rey. En eso teneis razon.
Qué vida tan sosegada! *ap.*
Qué haceis despues?
Juan. Siempre crio
de limosna un niño en casa,
que con sus gracias me alegra,
que es mas natural la gracia
de un rapaz, que de un truhan,
que las maneja estudiadas:
doyle escuela, y quando es grande,
le doy con que á estudiar vaya,
ó siga su inclinacion
al estado que le llama.
Rey. Y despues que cae la siesta,
qué haceis?
Juan. Quando el Sol se aplaca,
tomo una yegua, que al viento
en ligereza aventaja,
dos perros y una escopeta,
y dando vuelta á mis hazas,
viñas, huertas y heredades
corro, y mato en su campaña
un par de liebres, y alguna
vez la perdiz ó la garza.
Otras veces á un arroyo
me baxo con una caña,
y traigo famosos peces:
vuélvome á la noche á casa,
ceno muy poco, y me acuesto,
dando al Cielo muchas gracias.
Rey. Vos gozais una fortuna
la mas dichosa de quantas
tiene el mundo. *Juan.* Así es verdad,
no hay vida mas sosegada.
Rey. Qualquiera os puede envidiar:
mas solo os hallo una falta,
que os condena lo discreto.
Juan. Y quál es? *Rey.* La repugnancia
que haceis de no ver al Rey,
quando en las fieras se halla
aquella veneracion,
que deben á su Monarca.
Juan. Nadie como yo le adora,
ni con veneracion tanta
besa sus pies y sus manos.
Estos hijos y esta casa
es suya, yo lo confieso,
mas no he de verle la cara.
Rey. Si necesidad tuviese,
prestáraisle alguna plata?
Juan. Quanto tengo y quanto valgo
pusiera luego á sus plantas:
pruebe el Rey mi voluntad,
y verá mi lealtad rara,
porque á nuestro Rey debemos,
por razon justificada,
quanto tenemos, pues él
nos mantiene en paz y guarda.
Rey. Pues por qué dais en no verle?
Juan. Qué se yo? nadie se escapa
de tener un defectillo;
yo he dado en aquesta humana
flaqueza: pero, decidme,
habeis venido á mi casa
por huésped ó consejero?
Rey. Dígolo, porque me holgara,
que Noble os hiciera el Rey.

Juan.

Juan. No merezco honra tan alta:
no he menester mas nobleza,
que lo que soy, que si para
todo en siete pies de tierra,
no quiero honor que se acaba.
Rey. Del mas Sabio en su Retiro *ap.*
quién no envidia su constancia?
Sacan la mesa, y salen los Villanos con platos tapados.
Tirso. La mesa tienes aquí.
Juan. A ella os llegad, hidalgo.
Rey. Aquí me quiero sentar.
Juan. No estais bien en ese lado,
poneos á la cabecera.
Rey. Eso no.
Juan. Haced lo que os mando,
que el dueño soy del cortijo,
y es muy justo en tales casos,
que por ruin que el huésped sea,
se le dé lugar mas alto.
Rey. Habrá quien aquesto crea! *ap.*
Juan. Tú, Tirso, miéntras cenamos,
que echen sábanas aprisa
de Olanda. *Rey.* Feliz estado
es el de un Labrador rico!
Juan. En la soledad descanso:
miéntras cenamos, vosotros
á que canteis aguardamos.
Salen Beatriz, Costanza y Jacinta.
Rey. Música tambien teneis?
Juan. Es Música de Aldeanos.
Jacint. De qué os turbais, si están solos?
entrad con desembarazo.
Rey. Quién son aquestas señoras?
Juan. Labradoras son, hidalgo,
que no señoras; aquella
es mi hija, y la del lado
mañana ha de ser mi nuera.
Rey. Es cada una un milagro
de perfeccion y hermosura,
el Sol no iguala sus rayos.
Juan. Cenad, que no es cortesía
alabar tan ponderado
lo que el dueño no ha dar:
alabad lo bien guisado,
si está bueno, y no otra cosa.
Rey. Teneis razon, como y callo.
Vive Dios, que en todo está, *ap.*
no vi tan raro Villano.
Costanz. Mucho se parece al Rey
este mancebo gallardo,
Beatriz. *Beatr.* De su talle y rostro
no vi tan vivo retrato.
Jacint. Teneis razon, es verdad
que se le parece en algo,
pero aqueste es mas pequeño,
mas clin y ménos mostacho.
Beatr. Claro está, que no es el Rey,
pero dale un ayre. *Costanz.* Es llano.
Rey. Beber, amigo, quisiera.
Juan. Pedidlo, que los criados
no adivinan. *Beatr.* Será justo,
que á huésped tan Cortesano
le lleve de beber yo.
Rey. Sola es digna de esa mano
la copa de Ganimedes.
Beatr. Dexaos estar. *Rey.* Es en vano,
si no soltais la salvilla.
Juan. Todo aqueso es excusado,
tomad la taza y bebed.
Rey. Teneis razon, bebo y callo.
Beatr. Cantaremos?
Juan. Por qué no?
cantad, y no templeis tanto.
Musica. O soledad, adonde
siempre el ocio es descanso,
que en la comun tarea
es mas feliz el ménos Cortesano.
Aquí el Pastor alegre
tras su pobre rebaño,
con su suerte contento,
burla de la fortuna los acasos.
Juan. Alzad la mesa, que es tarde,
y el huésped vendrá cansado,
y querrá dormir. *Rey.* No os vais,
hablad conmigo otro rato.
Juan. Siempre á estas horas me acuesto,
Caballero; y es cansaros,
que aunque el Rey me lo mandara
no faltara á mi descanso.
Si os acostais tarde, hablad
con la familia y criados,
que acá se usa esta llaneza:
el sueño me está llamando,
con Dios os quedad, que yo
os despertaré temprano. *Vase.*
Rey. Lindas ceremonias gasta *ap.*
el viejo; bueno he quedado.
Vanse.

Vanse todos, y detiene el Rey á Beatriz.

Beatr. Retirémonos tambien,
y dexémosle en su quarto.
Rey. Un poco aguardad, señora.
Beatr. Qué mandais?
Rey. Yo estoy turbado: *ap.*
quién dirá, que una pasion
embarace al soberano
poder de un Rey? Yo queria
deciros, como he mirado
atento vuestra hermosura,
y que en ella un lunar hallo,
que os señala gran fortuna.
Beatr. Adivinais? sois Gitano?
Rey. Estudié la Astrología,
y en vos estoy registrando
todos los siete Planetas:
dadme, Beatriz, esa mano.
Beatr. La mano? *Rey.* La mano os pido
para mirar los acasos
del signo que teneis, que
Marte os está señalando,
que habeis de vencer á un Rey.
Beatr. No es mucho, si es Rey de gallos.
Rey. No os burleis, que vuestro imperio
pasa mas allá de humano;
dexadme que mire. *Beatr.* Yo
lo doy, señor, por bien mirado.
Rey. Es, que por ella hacer quiero
un juicio, para obligaros.
Beatr. Hacerle para obligarme,
fuera juicio temerario.
Rey. Pues por qué?
Beatr. Porque está léjos
el Cielo. *Rey.* Nunca sus Astros
tan cerca estuvieron. *Beatr.* Cómo?
Rey. No sois vos Cielo abreviado?
no es la Luna vuestra frente?
no son vuestros ojos claros
el mismo Sol? *Beatr.* Esperad,
que va el discurso muy largo,
y si me haceis Sol, ya veis,
que el Sol nunca está parado:
perdonad, que otro emisferio
está aguardando mis rayos.
Rey. Oid, esperad, teneos.
Beatr. Soltad, soltad, y no osado
estragueis con lo grosero
los visos de Cortesano;
así paga el hospedage
un Caballero? *Rey.* Enojaros
no quisiera, Beatriz bella,
sabed, que el Rey me ha mandado
que de su parte os dixera
su amor, su fe, su cuidado,
que os estima, que os adora,
y solo para intimaros
su noble afecto os detuve.
Beatr. Si eso es para disculparos,
vil desempeño elegisteis,
que el Rey, como Soberano,
nunca esos decretos fia
á la violencia del brazo.
El detenerme fué ofensa
indigna de un pecho hidalgo,
y en vez de aviso, es ultraje,
que nadie ruega mandando.
Cómo quereis vos que crea,
que el Rey pudiese encargaros
de su amor una memoria,
si empezais por un agravio?
Los avisos de los Reyes
no se han de dar como acaso,
que no ha de servir de injuria
el que nació para amparo. *Vase.*
Rey. Beatriz, espera, detente:
Cielos, corrido he quedado,
mi amor no supe decirla:
que una pasion ciegue tanto!
Válgame Dios! qué haré? adónde
estoy? bien singular caso
es el que me ha sucedido.
Este sin duda es el quarto
donde he de pasar la noche,
puesto que en él me dexaron.
Todo está en silencio: quiero
en aquel pequeño espacio,
donde una cama diviso,
inclinarme un poco, en quanto
amanece: mas qué escucho!
paréceme, y no me engaño,
que detras de estas cortinas
siento ruido y oigo pasos:
sacaré la espada: Quién
temerariamente osado
se atreve::- *Sale Gutierre.*
Gutier. Tente, señor.
Rey. Quién eres, hombre, que tardo

en

en darte la muerte? *Gutier.* Escucha,
señor, que no estoy culpado:
Gutierre Alfonso soy. *Rey.* Cielos,
qué es esto que estoy mirando?
con qué motivo ó cautela
veniste aquí disfrazado?
utier. Lo mismo, señor, tambien
en tu Real grandeza extraño,
como mayor imposible:
Quién hubiera imaginado,
Augusto invencible Alfonso,
Rey del bruto coronado,
que aquí esta noche durmierais?
ey. Aqueste Villano Sabio
me ha traido á conocerle
en hábito disfrazado,
para escuchar de su boca
los mas cuerdos desengaños.
utier. Pues á mí, señor, me truxo
una pasion, un encanto,
á que mi amor me sujeta.
ey. Tú amor? *Gut.* El mas desusado,
que cupo en humano pecho.
ey. Quién es, Gutierre, el milagro,
que te ha rendido? *Gut.* Es Beatriz.
ey. Beatriz? *Gutier.* Si señor.
ey. Qué aguardo? *ap.*
De Juan Labrador la hija
adoras? *Gutier.* No he de negarlo;
su hermosura es el prodigio
á quien amante idolatro.
ey. Tú logras favores suyos?
utier. No señor, el que he logrado
es haberme dicho ayer,
que viniese disfrazado
á verla por esa huerta;
con aviso suyo he entrado
al sitió que señaló,
pero como tú has llegado,
y anda la familia inquieta,
fué esconderme necesario,
y yo me he metido aquí,
por no hallar otro sagrado.
y. No sabes, que puse en ella
mi inclinacion?
utier. Qué he escuchado! *ap.*
hoy muero. Señor, qué dices?
Beatriz mereció tu agrado?
y. No lo sabes? *Gutier.* No lo sé,
que si hubiera imaginado
el mas leve pensamiento
de tu amor, por temerario
sepultara en el silencio
el mio, como bastardo,
porque fuese mi memoria
de su castigo teatro.
Rey. Aunque la quiero, hasta ahora
no ha sabido de mi labio
Beatriz mi amoroso incendio.
Gutier. Para mí basta el amago.
A vuestra Alteza, señor,
como á dueño soberano,
de mi adoracion le rindo
la empresa por holocausto
de mi lealtad, aunque muera
el corazon abrasado,
pues vencerse es mas dolor,
quando el respeto es mas alto.
Rey. Tú por mi causa resistes
tu pasion? *Gutier.* Entre mis labios
morirá el aliento leve,
aun ántes de respirado:
logra dichoso tu empleo,
y muera mi afecto al rayo
de mi atencion.
Rey. Pues, Gutierre,
no ha de blasonar tu garbo,
que me ha vencido en vencerse.
Yo te ruego, yo te mando,
que en tu pretension prosigas,
que quien supo hacer bizarro
desprecio de su fineza,
por lograr primor tan alto,
bien merece en desempeño,
que le dexe asegurado
en su amor, para que sepas,
convencido y obligado,
que si tú como leal sirves,
que yo como Rey te pago.
Gutier. Eso no, señor, primero
es tu amor, que tu vasallo,
que si tú:- *Rey.* No me repliques;
refrena, Gutierre, el labio,
no quiero que nadie sepa,
que ventaja me has llevado
en sujetar tus pasiones;
pero te advierto de paso,
que es Beatriz honrada, y que

yo de su honor soy amparo,
y que sin esta advertencia
no permitiera el aplauso
del amor, que amante sigues:
tú allá lo mira de espacio,
que no aconseja delitos
el Rey Don Alfonso el Sabio.
Ven, Gutierre. *Gutier.* Ya te sigo.
Yo voy confuso y turbado.

JORNADA TERCERA.

Salen Beatriz y Jacinta.

Jacint. Qué tienes, Beatriz hermosa,
que en el hermoso esplendor
de tu hermosura, parece
que miro turbado al Sol?
Dime, qué silencio es ese?
qué nueva transformacion
de sentidos y semblante?
sin duda, que eso es amor,
pues de quando en quando escucho,
que el aliento de tu voz
tiene el ayre de suspiro,
y el sonido de dolor:
es mal de ausencia ú de zelos?
Beatr. Jacinta, mucho mayor.
Jac. Mucho mayor? *Beatr.* Sí, Jacinta.
Jacint. Hay mal que iguale á estos dos?
Beatr. Muy poco sabes de penas,
pues ignoras mi pasion.
Jacint. Por qué de mí la recatas,
sabiendo que entre las dos
no hay secreto que peligre,
que ha mucho tiempo, que yo
sé, que adoras á Gutierre,
pues le busca tu aficion?
Beatr. No le busco como amante,
búscole como á deudor.
Jacint. Cómo deudor? no lo entiendo.
Beatr. Tampoco me entiendo yo,
pues hasta de aquella queja,
que se permite á la voz
de la fiera, el bruto, el ave,
mi desdicha me privó,
y solo ha sido el silencio
testigo de mi dolor.
Jacint. Qué dolor puede caber,
señora, en tu corazon,
que no sea capaz de cura?
Beatr. Jacinta, tienes razon,
que ofendiera á tu lealtad,
á no darte parte hoy
de mis sucesos, que el mal
comunicado es menor.
Ya sabes, que nuestra Aldea
muchos dias freqüentó
Don Gutierre Alfonso, á fin
de festejar mi rigor;
que tuvo principio en él
esta amorosa pasion
en el dia que en Sevilla
unas joyas me compró,
que correspondió cortes;
que disfrazado me vió
una vez, y que otras muchas
en trage de cazador,
si no amante enamorado,
mi agrado solicitó:
que en las fiestas de la Aldea,
que mi padre celebró
á las bodas de Costanza,
hizo ayrosa ostentacion
del brio en la gentileza,
y del brazo en el rejon;
y que en fin, por su fineza
mereció mi inclinacion,
siendo aquestas soledades
terceras de nuestro amor.
Jacint. Todo eso lo sé muy bien.
Beatr. Oye ahora lo que no
sabes, Jacinta, y verás
si es mi tristeza razon.
Una noche, á quien el Cielo
mas serenidad prestó,
al ayre mayor silencio,
y ménos sombra al horror,
salí á verle al propio sitio,
adonde siempre los dos,
siendo Juez en el respeto,
hablábamos del amor.
Y apénas aquel terreno
fué mi eloqüente farol,
que en medio de la tiniebla,
para cegarme alumbró:
y apénas el campo ameno
de la florida estacion

ocupé, quando Gutierre,
imitando á un Ruiseñor,
que en un Sauce articulaba
dulces requiebros de amor,
rendido, humilde, halagüeño
dió toda el alma á la voz,
todo el silencio al cariño,
y nada de esto al temor.
Qué accion no publicó fino!
á qué afecto perdonó,
que de mi desden no fuese
amorosa adulacion!
Y despues que con suspiros,
ansias, ternezas y union
de firmes idolatrías,
el rendimiento apuró,
palabra me dió de esposo,
con tierna demonstracion,
haciendo al Cielo testigo
de su promesa, á quien yo,
entre obligada y confusa,
viendo que en su pretension
rogaba como grosero,
y amaba como señor,
de mi alvedrío, Jacinta,
le rendí la posesion.
No extrañes, que así tan claro
te diga mi ciego error,
que no enmiendan el delito
los rodeos de la voz.
Desde entónces (ay de mí!
aquí empieza mi dolor:
con qué pesar lo repito!)
veo, que la estimacion
de mis finezas olvida,
y que todo aquel primor
de su cuidado, se ha vuelto
en tibia desatencion,
y que dilata remiso
la palabra que me dió;
con que he quedado (ay de mí!)
como aquel que despertó
de un profundo sueño, y mira,
que fué su dicha ilusion;
y así vivo, como vés,
entre esperanza y rigor,
dudando de sus promesas,
que aunque asegurada estoy
en que hay un Rey en Castilla,
que volverá por mi honor;
estar sin desconfianza
fuera necia presuncion,
por la desigualdad grande,
que hay, Jacinta, entre los dos,
y es la tristeza que miras
efecto de este temor;
que en semejantes sucesos,
hasta ver la posesion,
no es mucho, que triste viva
la muger que tiene honor.

Jacint. Beatriz, palabras y plumas
el ayre se las llevó.

Beatr. Así es verdad: mas::-

Jacint. Tu padre
viene allí, ojo avizor.

Salen Juan Labrador, Montano y Costanza.

Juan. Hija? *Mont.* Hermana?

Costanz. Beatriz mia?

Juan. Tú triste? *Mont.* Tú sin sazon?

Costanz. Retirada de nosotros,
huyes la conversacion?

Juan. Qué melancolía puede
turbar tu hermosura? *Beatr.* Al son
de esa fuente divertia
los ojos en el color
de tanta varia belleza,
como el Abril dibuxó.

Juan. Pues, Beatriz, aquí venimos
Costanza, Montano y yo
á hacer ménos tu tristeza,
y á proponerte el mejor
medio para tu alegría,
pues ya veo, que en la flor
de tu edad, es menester,
que descansemos los dos,
tú en estado venturoso,
con igual marido, y yo
en el contento de verte
casada, que es lo que hoy
solo tengo en la memoria;
y hasta que salga mi amor
de este cuidado, no puedo
decir, que dichoso soy:
yo, Beatriz, tengo tratado
tu casamiento.

Sale Tirso. Señor,
un Caballero te busca

con grande resolucion.

Juan. Doblemos aquí la hoja
hasta despues. *Tirso.* El se entró.

Beatr. Don Gutierre es, Cielos!

Sale Don Gutierre con una carta.

Gutier. Quién aquí es Juan Labrador?
finjo que no le conozco. *ap.*

Juan. Qué notable confusion!
yo soy, á vuestro servicio.

Beatr. Disimulemos, amor. *ap.*

Juan. Qué me mandais? *Gut.* De Sevilla
esta carta para vos
traigo del Rey, que Dios guarde.

Juan. Del Rey á Juan Labrador!
tanto favor? *Gutier.* No os admire,
pues contiene otro mayor.

Juan. Quál es? *Gut.* Que él la escribe,
y os la vengo á traer yo,
que soy Don Gutierre Alfonso
su Camarero mayor. *Dale la carta.*

Juan. Mil veces la mano os beso,
y al Rey los pies, por un don,
de que me conozco indigno,
y con gran veneracion
sobre mi cabeza pongo
sus rasgos: corrido estoy
de que mis rústicas manos
toquen tan alto blason.
Muchacho, léeme ésa carta,
pues tienes vista mejor. *A Mont.*

Tirso. Válgame Dios! qué será?
si le pide algun lechon?

Mont. Dice así.

Gutier. Con el semblante *ap.*
dice Beatriz su dolor;
con amorosa cautela
templaré su inclinacion,
miéntras con otra me caso
de igual calidad y honor,
que no hay palabra que obligue,
quando el cumplirla es error.

Lee Montano. *Don Enrique de Guevara me ha dicho, que cenando con vos una noche, le dixisteis, que me prestaríades dinero, si tuviese necesidad: yo la tengo de cien mil ducados, hacedme servicio, pariente, que el portador los traiga. Dios os guarde.* EL REY.

Tirso. El Rey le llama pariente?

Jacint. Todos los ricos lo son,
porque en la vena del arca
conservan el mismo humor.

Juan. Yo cumpliré lo que he dicho,
que es muchísima razon,
que el hombre de bien se obligue
á hacer lo que prometió.
Toda mi hacienda y mis hijos
son de mi Rey y señor,
porque el vasallo leal
para obedecer nació;
esperad aquí: Montano,
Costanza, venid los dos
conmigo. *Vanse los tres.*

Tirso. Yo iré tambien:
cien mil ducados? por Dios,
que el viejo es un Alexandro:
pero bien lo mereció
quien se mete á Caballero,
que le quiten el vellon. *Vase.*

Gutier. El real ánimo de este hombre
me ha causado admiracion:
ahora me importa fingir *ap.*
con Beatriz, como deudor.

Beat. No me mira? *Jacint.* No te mira:
háblale tú. *Beatr.* Vive Dios,
que me arrancara primero
el alma y el corazon,
que hacer accion tan indigna,
siendo la ofendida yo:
qué hace ahora? *Jacint.* Mira al Cielo.

Beat. Qué dices? ha vil traidor!

Gutier. Qué de mala gana finge *ap.*
quien de una vez olvidó!

Beat. No se llega? *Jac.* No es de plaza.

Beatr. Ha Caballero? ha señor
Don Gutierre? *Gutier.* Beatriz mia,
mi bien, mi adorado sol,
gracias le doy á mi suerte
de que en tu rostro cesó
lo divertido y suspenso,
que por no estorbarte yo
no te hablé.

Beatr. Válgame el Cielo!
qué cortesana atencion!

Gutier. No pueden en mí faltar
lás que te debe mi amor

Beat. Claro está, que el irse un hombre
de-

dexando mi corazon
en los sustos de una ausencia,
faltar al noble primor
del cariño y á sus fueros,
romper la jurisdiccion,
dar su memoria al olvido,
habiendo deudas de honor,
que son señales de fino.

Gutier. Tú tienes, Beatriz, razon:
pero te aseguro, que
la notable ocupacion,
que he tenido aquestos dias
en la entrada y prevencion,
que hace Sevilla á Violante,
que viene desde Aragon
á ser Reyna de Castilla,
me tiene sin la atencion,
que merece tu hermosura;
dexa pasar el furor
de esta ocupacion, que luego
será tuya mi aficion,
que en estas materias siempre
dar tiempo al tiempo es mejor.

Beat. Dar tiempo al tiempo? qué he oido!
esta es cautela y traicion *ap.*
para burlar mis finezas:
he de apurar su intencion.

Gutier. Qué te suspendes? acaso
desconfias de mi amor?

Beatr. Bien creo de vuestro agrado,
señor Don Gutierre, que hoy
no da lugar el cuidado
de que coroneis mi honor
de aquella feliz promesa,
que mi afecto os mereció:
mira, Jacinta, si viene
mi padre. *Jacint.* Viéndolo estoy.

Beatr. No os acuerdo la fineza,
palabra ni adoracion,
que haciendo testigo al Cielo,
hicisteis de vuestro amor.

Gutier. Tente, y si eso no me acuerdas,
qué alegas en tu favor?

Beatr. No mas que la confianza,
que hizo mi humildad de vos.

Gutier. Te enojas? Yo, Beatriz mia,
no niego la obligacion,
que te debo, que eso fuera
negar los rayos al Sol:
el dilatarlo no es culpa,
quando tan seguro estoy
de que he de ser dueño tuyo.

Beatr. Pues para que viva yo
asegurada tambien,
pediros quiero un favor.

Gutier. Di, Beatriz. *Beat.* Que por alivio
de mi amorosa pasion,
me deis un papel firmado,
que asegure mi temor.

Gutier. Qué es lo que dices? no vés,
que el hombre de mas valor,
tal vez fiado en la prenda,
el desempeño olvidó?
Yo mañana seré tuyo,
dexa aquesta pretension
de firmas ni de papeles.

Beatr. Ah cauteloso traidor! *ap.*
con esto se ha declarado:
disimule mi atencion.
Que en fin, señor Don Gutierre,
esto negais á mi amor?
una firma no os merezco?

Gutier. Es ociosa, quando yo
solo pretendo ser tuyo.

Beatr. Ese es engaño y traicion,
pues me dilatais la deuda.

Gut. Yo engañarte? *Beatr.* Vive Dios::-

Gutier. Beatriz, de mí desconfias?

Beatr. Sí, porque muy bien sé yo,
que no me dará una mano
quien medio pliego negó.

Jacint. Mira que tu padre viene.

Beatr. Yo restauraré mi honor.

Sale Juan Labrador.

Juan. Ya, señor, vais despachado,
dos criados van con vos,
que llevan otro presente
de misterio y de primor:
decidle al Rey, que no crea
en Cortesanos, que yo
no lo decia por tanto;
mas supuesto que le doy
lo que me pide, que tenga
muy conocido desde hoy,
que ese Enrique de Guevara
es un chismoso hablador,
pues luego le fué á decir
lo que pasó entre los dos,

mas no me espanto , si es,
en fin , Guevara y Ladron.
Id con Dios.
Gutier. Raro hombre es este! *ap.*
Juan. Ved , que os aguardan.
Gutier. A Dios. *Vase.*
Juan. Volvamos , Beatriz , ahora
á tu estado. *Beatr.* Buena estoy,
zelosa y desesperada, *ap.*
para escuchar un sermon.
Juan. Yo tengo para tu esposo
escogido un Labrador,
galan , cuerdo y virtuoso,
que en este postrero don
toda mi vida he fundado
la nobleza y el valor:
no es rico , pero es discreto,
que es lo que busco , que yo
mas quiero hombre sin hacienda,
que no hacienda sin varon.
Esto supuesto::- *Beatr.* No pases
mas adelante , señor,
porque yo no he de casarme
con Labrador. *Juan.* Por qué no?
Beatr. Porque yo tengo alvedrío,
y tú no tendrás razon
de hacerme violencia , quando
mi resistencia es primor.
Juan. Es primor no obedecerme?
Beatr. Es advertirme un error,
en que ha dado tu entereza.
Si la fortuna te dió
tanta riqueza y poder,
y del oro el esplendor
da segundo ser al hombre,
quién con él no procuró
dar lustre á su nacimiento,
y encubrir con su valor
el tosco lunar , que imprime
la rústica ocupacion?
Todos procuran ser mas,
el bruto , el ave y la flor
buscan aplauso en los campos:
la altanera Garza al Sol
le bebe rayos , sedienta
de noble jurisdiccion:
al pobre arroyo el caudal
le hace parecer señor,
quando poderoso al valle
le borda el florido Ayron.
Pues si esto vés , señor , cómo,
con porfiado teson,
quieres que parezca ménos,
pudiendo hacerme mayor?
Dadme noble esposo. *Juan.* Tente,
Beatriz , que he menester yo,
como padre , aconsejarte
y convencerte.
Sale Montano. Señor,
del Rey otro mensagero
te busca. *Juan.* Otro Embaxador
tenemos ? bueno va aquesto.
Beatr. Qué será? *Juan.* Confuso estoy:
mas venga lo que quisiere.
Sale Alvar Nuñez con una carta.
Alvar. Quién duda , Juan Labrador,
que extrañareis mi venida,
y que os hará admiracion
ver otra carta del Rey? *Dale la carta.*
Juan. Conmigo tanto favor,
es preciso que lo extrañe,
no mereciéndolo yo:
leerla quiero , dice así.
Beatr. Un disgusto me estorbó. *ap.*
Lee Juan. *Hoy me he acordado , que Don Enrique de Guevara me dixo, que si fuese necesario me servireis con vuestros hijos. Yo os mando , que luego al punto me los envieis con Alvar Nuñez , que importa á mi servicio. Dios os guarde.*
EL REY.
Los hijos me pide el Rey?
qué escucho ? válgame Dios!
la hacienda no importa nada;
pero los hijos , que son
pedazos del alma , quiere
quitarme ! *Alvar.* No os dé temor,
que eso es quereros pagar
la noble demostracion
de vuestra lealtad.
Mont. Quién duda,
que es soberano favor?
Beatr. Agradece su memoria.
Juan. Ya mi suerte declinó;
para vosotros , bien creo,
que no habrá dia mejor.
Este Enrique de Guevara

quién

quién le traxo á mi Rincon
para turbar mi sosiego?
Ay hijos! la confusion
de la Corte apeteceis?
Mont. Esa queremos, señor.
Juan. Mirad, que en las soledades
se pasa y vive mejor.
Beatr. La sombra de un Rey tan grande
nuevo ser dará á los dos.
Alvar. Juan Labrador, lo que el Rey
manda, siempre fué razon,
y extraño, que sus decretos
hallen resistencia en vos,
quando os honra.
Juan. Así es verdad,
mas no me excusa el dolor:
no os admireis, que soy padre,
y al ver, que me sacan hoy
las dos niñas de mis ojos,
se enternece el corazon.
Beatr. Padre, no llores.
Mont. No llores.
Jacint. Acaso vanse al Japon?
Beatr. Cada dia vendré á verte.
Juan. Si ello es fuerza, andad con Dios.
Alvar. Venid, que un coche os espera.
Juan. Dadme licencia, señor
Alvar Nuñez, que á Montano
haga una breve oracion
de algunos avisos, que
la larga edad me enseñó.
Alvar. Antes me holgaré de oirlos.
Juan. Dadme, hijo mio, atencion.
A la Corte vas, Montano,
rico y mozo, y será justo,
que con la honda en la mano
navegues mar tan profundo.
La primer plana del Arte,
en que prudente te industrio,
es la virtud, que esta sola
es de todo riesgo escudo.
Mide el gasto con la hacienda,
no te empeñes con recurso,
de que al tiempo de la paga
se cumple tambien el juro.
Caudal se llama el talento,
y caudal la hacienda: juzgo,
que lo tiene solo aquel,
que lo tiene todo junto.
Es ruindad el ser escaso;
ser perdido, es riesgo sumo;
lo que gastas, te hace falta;
lo que guardas, te hace mucho.
Al fin, consiste el acierto
en saberle dar un punto,
de suerte, que te conserves
siempre ageno y siempre tuyo.
Con agrado y con sombrero
gana el aplauso del vulgo:
sé bien quisto, que esto solo
cuesta poco y vale mucho.
Aunque no aplaudas á todos,
no murmures de ninguno,
que lo nota el que te escucha,
sin tenerte por seguro.
En lo que toca á mugeres,
ni te aconsejo ni apuro,
con Costanza eres casado,
que harás lo mejor presumo.
Pero tampoco te quiero
con las Damas tan sañudo,
que pase el chiste á desayre,
ni lo cortes á lo rudo.
Acompañarte procura
con hombres de honra y de punto,
que aunque seas tú quien fueres,
como los otros te juzgo.
Y tú, Beatriz, aunque pienses,
que es distinto este discurso,
de él toma lo que tocare
de tu decoro á lo justo.
Y con esto, andad con Dios,
que yo no quiero ni busco
para alivio de mis males,
mas que este Retiro inculto. *Vase.*
Beat. Tente, señor. *Mont.* Oye, aguarda.
Alvar. Bien hizo, yo os aseguro,
que hombre no vi tan discreto.
Jacint. En todo el viejo está ducho.
Mont. De mi esposa á despedirme
iré, si gustais. *Alvar.* Es justo:
venid las dos. *Beatr.* Ya os seguimos.
Fortuna, si de tu curso *ap.*
no enmiendo ahora el estrago,
no podré culpar tu influxo.
Tú, Jacinta, me acompaña.
Jacint. Allá vamos todos juntos,
Beatriz y yo por mondongas,

y los demas por menudo. *Vanse.*

Salen el Rey y Don Gutierre.

Gutier. A Vega-Florida apénas
llegué, señor, con tu aviso,
y á Juan Labrador le di
tu carta, quando efectivo,
sin alterar el semblante,
ni mostrar de pena indicio,
en moneda de oro y plata
dió el dinero muy cumplido,
diciendo, que él no negaba
aquello que una vez dixo.

Rey. Raro primor de Villano!

Gutier. Pero que estaba ofendido
del tal Guevara, porque
con estos chismes te vino;
y sobre esto te presenta
doce Acémilas, que es digno
presente de tu grandeza,
porque jamas se habrá visto
mejores brutos. *Rey.* Merece,
que le pague agradecido.

Gutier. Aparte me dió, señor,
tambien un cordero vivo,
que te traxese, el qual viene
al cuello con un cuchillo,
cuyo enigma no penetro.

Rey. De esta manera el Egipcio
pintaba el noble vasallo,
figurando en el sencillo
cordero la lealtad pura,
dando á entender advertido,
que estaba siempre obediente
de su Príncipe al arbitrio.
Y pues quiere declararme
con tan cortesano estilo
su lealtad y su fineza,
con ser tan opuesto mio,
con no querer verme, alarde
hace de obediente y fino.
Yo tambien de que me vea
fundo ahora mis designios,
que así pretendo premiarle,
fingiendo que le castigo.
Y por el grande valor,
que en su pecho he conocido,
he de hacer una fineza
con él, que quede á los siglos
la memoria y desengaño
con que su lealtad estimo.
Tambien le he enviado á pedir
á Juan Labrador sus hijos,
por probarle solamente.

Gutier. Tengo, señor, entendido,
que no te negará nada.

Rey. Mucho, Don Gutierre, admiro,
que se hospeden en un tronco
espíritus tan altivos.
Aunque no quiera, he de honrarle
por diferente camino,
pues el que no aspira al premio,
es solo del premio digno.
Tú has de volver á la Aldea,
y traértele contigo,
con la autoridad que llevas
de que lo mando yo mismo.
Dirásle, que con él tengo
en un negocio preciso,
que tratar materias graves,
que importan á mi servicio.
Y despues que esté en Palacio,
de Cortesano vestido,
en un quarto aparte harás,
que sea Juan asistido
como mi propia persona,
y harás le enseñen el rico
adorno de mi grandeza,
por ver si trueca el motivo
de su condicion notable,
que verle quiero escondido,
y visitarle despues,
para que sepan, que ha habido
un Rey, que ha sabido hacer
por violencia beneficio:
no te tardes, que esta vez
va de capricho á capricho.

Gut. Voy, señor: en lo que intenta *ap.*
temiendo estoy mi peligro. *Vase.*

Rey. Quién dirá, que en un sugeto
tan humilde, haya cabido
rasgos de atencion tan noble!
Qué bien dixo, quando dixo
Séneca, que el pecho humano
era el mas profundo abismo,
pues veo, ignorando el modo
de sus ocultos prodigios,
un raro aliento hospedado
en las entrañas de un risco!

Sa-

Sale Alvar Nuñez.

Alvar. Ya, señor, como mandaste,
á tu obediencia rendidos,
vienen á echarse á tus plantas
de Juan Labrador los hijos.
Rey. Y el viejo cómo ha llevado
el quedar solo? *Alvar.* Ha sentido,
señor, con notable extremo
el decreto executivo;
y aunque yo le aseguré,
que era para honrarles, dixo
que mas gustoso te diera
la hacienda, que no los hijos.
Rey. Hombre extraño! Di, que lleguen.

Salen Beatriz, Jacinta y Montano, vestidos de Cortesanos.

Mont. A vuestras plantas, invicto
señor, llega la familia *De rodillas.*
de Juan Labrador, indigno
de tan supremos favores.
Beatr. Para que al heroyco asilo
de vuestros rayos, seamos
capaces para serviros.
Rey. Alzad, que de vuestro padre
las lealtades y servicios
han llamado mi memoria
justamente al beneficio,
por cuyo motivo, á entrambos
á la Corte os he traido
para honraros noblemente,
pues es lo que solicito.
Y aunque sé que haré disgusto
á Juan Labrador, consigo
el cumplir mi obligacion,
pues él tambien la ha cumplido.
Beatr. De su condicion el modo
es, señor, tan exquisito,
que el ser mas condena, y quiere
á su humildad reducirnos:
y así, las gracias mil veces
á vuestra Alteza rendimos,
pues nos redime piadoso
del Argel de aquellos riscos.
Rey. Ya sé, Beatriz, que la Aldea
aborreceis. *Beatr.* Es martirio
para mí el campo, á la Corte
me llama el afecto mio.
Rey. Pues cómo se compadece
no habiendo en ella nacido?
No es el amor de la Patria
natural á todos? *Beatr.* Hizo
en mí la naturaleza
excepcion de sus prodigios.
De un árbol tal vez no nacen,
señor, dos troncos distintos
en fortuna, y uno de ellos
no suele ser desperdicio
del fuego voraz, y el otro,
porque la suerte lo quiso,
no sucede, que á ser viene
estátua ó bulto pulido,
á quien veneran los ojos?
de este modo me imagino.
Pues vuestra Alteza, elegante
Escultor, al tronco indigno
da nuevo ser con sus rayos,
en cuyo cincel confio
la enmienda de mis errores.
Rústico tronco he nacido,
en vos restaurar espero
los matices, que he perdido,
que solo un Rey volver puede
lo que marchitó un delito.
Rey. Válgame el Cielo! en el modo
con que esta muger me ha dicho *ap.*
su sentimiento, en Gutierre
alguna culpa imagino:
aquí importa la prudencia.
Beatriz, yo quedo advertido
del cargo, que á mi cuidado
hace vuestro atento aviso,
y yo miraré por vos. *Mont.* Yo,
señor, con haberos visto,
á vuestra sombra ya logro
toda la dicha á que aspiro.
Beatr. No solo para alumbrar
nace el Sol, su propio oficio
es dar comun alimento
á lo animado y florido.
Vos sois el Sol de la tierra,
y así vereis por escrito
el ser que á mi ser le falta,
para que afable y benigno
deis luz á la negra sombra,
deis vida al árbol marchito.

Dale un Memorial, que no lo vean.

Rey. Yo lo miraré: Alvar Nuñez,
de vuestro cuidado fio

el hospedage de entrambos.
Alvar. Ya todo está prevenido.
Jacint. El Rey, señora, es el huésped,
que en nuestra casa tuvimos.
Beatr. Ya lo veo, calla ahora.
Alvar. Venid los dos.
Mont. Ya os seguimos.
Beat. Guarde el Cielo á vuestra Alteza.
Mont. Vivais del Fenix los siglos. *Vanse.*
Rey. Cerrado un papel me ha dado
Beatriz, segun lo que miro,
misterio contiene el caso:
si está su honor ofendido?
mas no hará, porque Gutierre
de mí una vez advertido,
como Noble y Caballero,
cuya lealtad tanto estimo,
siempre atento guardaria
los Reales decretos mios;
leerle quiero, dice así:
Lee. Con palabra de marido
Don Gutierre Alfonso, fué
tirano de mi alvedrío,
y burlada de su engaño
solo desprecios consigo,
por cuenta de tu justicia
corre mi honor ofendido.
Repres. Qué es lo que veo? Gutierre
á profanar se ha atrevido
un honor, á quien atento
supe respetar yo mismo?
Cómo tirano procede,
quando galante la olvido,
y de mi pudor compone
lo injusto de su delito?
Quándo la cédula impresa
con anticipado aviso,
forma de mi resistencia
para su culpa el motivo?
Pues no será así, que el lance
es contra el respeto mio,
pues ofendiendo á Beatriz,
menospreció mi cariño.
Será su esposo primero;
y despues que haya cumplido
la obligacion, de mi enojo
ha de probar mi castigo.
Sale Gutierre.
Gutier. Ya, señor, como mandaste,
Juan Labrador ha venido,
bien contra su voluntad,
obediente á tus avisos.
Pero dexando esto aparte,
señor, de un gran regocijo
el parabien quiero darte,
pues hoy tuve un cierto aviso
de como tu heroyca esposa,
Sol de España esclarecido,
para hospedarse en tus brazos,
ya de Aragon ha partido.
Doña Leonor de Moncada,
que asiste á su Real servicio,
y con quien tengo tratado
mi casamiento::- Qué miro?
así la espalda me vuelve
vuestra Alteza, quando fino
mi afecto solicitaba
fueseis intercesor mio!
No me respondeis? qué es esto?
mis lealtades y servicios
merecen de vuestro enojo
tan desusado desvío?
Por qué así vuestro silencio
me castiga endurecido?
Si algun traidor ó cobarde,
opuesto al crédito altivo
de mi lealtad y fineza,
os descompuso conmigo,
como alevoso, mil veces
digo, que miente atrevido;
y este acero::- *Rey.* Bien está. *Vase.*
Gutier. Fortuna, qué es lo que he visto?
el Rey conmigo enojado,
y en solo un instante mismo
afable y cruel! En vano
la oculta causa exâmino,
mas hay de lo que presumo:
si Beatriz::- pero qué digo?
De mas noble empeño nace
su rigor: fuerte enemigo
debe de ser, quien tan presto
supo turbar su cariño. *Vase.*
Al son de Música salen Alvar Nuñez, Juan Labrador, vestido de gala, Martin, Tirso y acompañamiento.
Música. Dos pobres pescadorcillos
en dos mal seguros leños,
fiaron sus esperanzas

á las aguas y á los vientos.
Alvar. Juan Labrador, qué os parecen
los Músicos? *Juan.* Que son diestros;
pero mejor me parecen
de mi exido los gilgueros.
Alvar. Bien os asienta el vestido,
que estais galan os confieso.
Juan. Yo reniego de la gala;
mirad, señor, que rebiento:
señores, este es vestido,
ó es potro de dar tormento?
es golilla ó pie de amigo
esto que me han puesto al cuello?
Mart. No es sino carlanca, indicio
de darte un famoso perro.
Juan. Eso y mucho mas, Martin,
de los Cortesanos creo.
Alvar. Todos aquestos favores,
que os hace el Rey, son el premio,
que vuestra lealtad merece.
Juan. Mi lealtad ó mi dinero?
Alvar. Todo es lealtad.
Juan. Haced pues,
que el Rey me dexe al momento
volver á mi Aldea, que
yo le prestaré otros ciento.
Alvar. No os agrada lo bizarro
de la Corte? *Juan.* Estoy violento,
no me entra lo Cortesano.
Mart. Quieres que te enseñe á serlo?
Juan. A ver.
Mart. Has de fingir mucho,
y usar á diestro y siniestro
de mostrencas cortesías.
Juan. Y qué son, saber espero,
las cortesías mostrencas?
Mart. Las que no son de provecho,
no pagar, prometer mucho,
risa falsa á todos tiempos,
el no hacer por nadie nada,
negar la edad y el dinero:
alabar á troche y moche,
no dar ni tomar consejos,
y con tener estudiado
de memoria un gran soneto,
y con dos capas de luto
para pésames y entierros,
cátate buen Cortesano,
aunque seas un jumento.
Juan. No lo podré hacer jamas,
pues todo aqueso aborrezco:
ay mi dichoso Retiro!
Muy grande pesar me ha hecho
el Rey, señor Alvar Nuñez:
á Juan Labrador de negro
manda vestir! Yo perdí
la honra: dentro de un Credo
juzgo, que con tanta gala
he de dar en Caballero.
Echan á perder el mundo
las galas y los arreos,
un gavan de paño pardo
me dura tres años; creo,
que si no hubiera en la Corte
tanto Lacayo mancebo,
trasladados del arado
á mangas de terciopelo,
que hubiera mas Labradores,
y todo valiera ménos.
Alvar. Decis bien: vamos mirando
el Palacio. *Juan.* Ya le veo,
y es digno de un Rey tan grande.
Alvar. Tomad mi lado derecho.
Juan. Norabuena, ya le tomo;
y qué tenemos con eso?
porque de qualquiera suerte,
que los dos vamos ó estemos,
siempre os quedais Alvar Nuñez,
y Juan Labrador me quedo.
Alvar. No os admira la grandeza
de este Salon, y el portento
de esos quadros y pinturas,
que estais viendo?
Juan. No por cierto,
mucho mejor me parecen
las que en mi Aldeguela tengo.
Alvar. Pinturas teneis mejores?
Juan. No, pero de mas provecho.
Alvar. Serán de Apeles. *Juan.* Mirad,
las pinturas que poseo
son muy famosos tocinos,
y en el rigor del Invierno
mandando asár los mejores,
me abrigan como alimento,
y traslado á los carrillos
todo el carmin de los lienzos,

que mas quiero honra en el rostro,
que no que adornen el yeso.
Mis antesalas se adornan
de yugos y arados viejos,
todos despojos del brazo,
que por las paredes cuelgo
por triunfo de mis labranzas.
Mirad ahora discreto
quál viene á ser de los dos
mas heroyco lucimiento,
si adornarme de mis obras,
ó de primores agenos?
Alvar. Juan, muy Filósofo estais.
Juan. Andad, señor, que no quiero
mas que conciencia segura,
mi Rincon y mi sosiego,
que lo demas es delirio:
será el Palacio mi entierro,
si esto dura. *Dentro.* Plaza, plaza.
Alvar Mirad que el Rey viene á veros.
Juan. Qué decis, señor? dexad
que me esconda.
Alvar. Juan, teneos.
Juan Yo no puedo mas conmigo.
Alvar. Dónde quereis esconderos?
Juan. Detrás de aquesos tapices:
hay mas desdichado viejo!
Alvar. Estais en vos? *Juan.* Qué sé yo.
Alvar. Quando os busca el Rey::-
Sale el Rey. Qué es esto?
Alvar. No mas que Juan Labrador,
hasta aquí tambien resuelto,
de vuestra Alteza intentaba
esconderse. *Juan.* Estuve ciego.
Rey. Venid acá, por qué causa
me aborreceis? qué secreto
influxo os mueve al dictámen
de no querer verme? tengo
de alguna fiera el semblante?
Juan. Yo, señor, aborreceros?
ántes con lealtad y amor,
como á Príncipe os venero;
pero la verdad al Rey
se ha de decir: yo confieso,
que siempre tuve aprendido,
señor, que en llegando á veros
tendria mi vida fin;
bien ahora lo experimento,
pues ahora reconozco,
que sois aquel Caballero,
que cenó conmigo, y no
el Don Enrique supuesto,
que desde entónces parece,
que me ha castigado el Cielo,
por haberos visto, pues
dexando el feliz sosiego
de mi Rincon, me mandais,
que venga al Palacio vuestro,
adonde muriendo, viva
en tan áspero tormento.
Rey. Por esa misma razon
os hago el cargo, pues siendo
vos Labrador retirado,
y yo Señor de mi Imperio,
deponiendo mi grandeza,
á vuestra casa fuí á veros;
y muy esquivo conmigo,
faltando al urbano fuero
de hombre de bien, por no verme
diligencias habeis hecho.
Es buena paga, es buen trato *Enojado.*
de vos á mí? *Juan.* Deteneos,
gran señor, que ya conozco
mi error: aquí está mi cuello
para pagar obediente
el delito de grosero.
Rey. La rustiquez os disculpa,
y así, el castigo suspendo,
porque es fuerza sufrir algo
á quien me presta dinero.
Juan. Yo no os he prestado nada,
réditos de lo que os debo
fueron aquellos escudos,
pues mi caudal todo es vuestro.
Rey. Yo os estoy agradecido.
Juan. Yo siempre os estoy debiendo.
Rey. Juan sentaos.
Juan. Aqueso no,
delante de su Rey mesmo
Juan Labrador no se sienta,
ni admite este vituperio,
que lo que es honra en los grandes,
es deshonra en los pequeños:
yo estoy muy bien, vuestra Alteza
se siente.
Rey. Sois un grosero:

vos

vos en mi casa mandais?
Juan. Si en la mia ese desprecio
os hice, no os conocí:
démonos, señor, por buenos.
Rey. Yo estoy en mi casa, y quanto
os mandare habeis de hacerlo.
Juan. Digo, que teneis razon,
callo, señor, y obedezco. *Siéntanse.*
Rey. De aquella noche parece
que os hallo el estilo mesmo.
Juan. De no haberos conocido
corrido estoy, y os prometo,
que es la vergüenza castigo
de mi ignorancia.
Rey. Estaos quedo,
Juan Labrador, que conmigo
habeis de comer, que quiero
pagaros el hospedage.
Y reparad, que este exceso
no le hago aquí como Rey,
sino como un Caballero
particular, que por vos
derogo los privilegios
de la Magestad, pues gusto,
que hoy seais mi compañero,
porque en mi sentir, no es Rey
quien de su gusto no es dueño.
Juan. Por eso dicen, que el Sabio
domina en los Astros.
Rey. Luego,
Alvar Nuñez, avisad
á Gutierre, que al cubierto
asista: sacad la mesa,
que ya prevenida tengo,
y traed á mi presencia,
porque vean el festejo,
de Juan Labrador los hijos.
Alvar. Voy, señor, á obedeceros. *Vase.*
Rey. No es de platos materiales
el convite que os ofrezco,
sino de cuerdos avisos,
manjar del entendimiento.
Y aunque esto pudiera ser
con ménos prevencion, quiero,
que para vos sea aviso,
y para todos exemplo.
Juan. Sabio Monarca os aclaman,
de vos nunca esperé ménos.

Por una parte van saliendo al son de Música Montano, Beatriz y Jacinta; y por otra Don Gutierre, Alvar Nuñez y acompañamiento; y descúbrese una mesa muy aderezada, y en tres fuentes de plata habrá un Cetro, una Corona y un Espejo.

Música. Llegad á ver, vasallos,
como el mayor lucero,
la Reyna de las aves, que exâmina
de su lealtad el noble pensamiento.
Gutier. Con Juan Labrador sentado
el Rey? Notable misterio
encierra esta novedad!
Mont. El Rey con mi padre, Cielos,
sentado á la mesa!
Beatr. Alguna
desdicha ó ventura espero.
Juan Qué es esto, invicto señor?
Rey. Tres platos son, que ha dispuesto
mi advertencia á tu cuidado,
porque te mires en ellos.
Este primero contiene
de mi autoridad el Cetro,
que es la insignia, que le dán
al Rey, para que á su imperio
quede obediente el vasallo.
Juan. Siempre yo estuve sujeto.
Rey. Este Espejo es el segundo,
porque es el Rey el espejo
en que se mira el que es Noble,
y con el menor aliento
se empaña su cristal puro:
que aun los mentales desprecios
son sacrílegos vapores,
que manchan el buril terso
de la lealtad; y quien vive
sin esta advertencia, creo,
que su propio ser infama,
que por esta causa al Cetro
pintaron con muchos ojos,
y no hay rincon tan pequeño
adonde no alcance el Sol:
Rey es el Sol. *Juan.* Al Sol tiemblo.
Rey. No temas, Juan Labrador,
que la espada que estás viendo
desnuda en esotro plato,
es para avisarte cuerdo,

que

que con el Rey no has de usar
de los filos del ingenio,
enviando un cordero vivo,
porque al Rey concedió el Cielo
una virtud superior
oculta, que los plebeyos
sus secretos no penetran,
y el enseñarle, es gran yerro,
pues sabe mas, que el vasallo,
el Rey, quando sabe ménos.

Juan. Cifra fué de mi lealtad;
mas si castigo merezco,
quita al cordero el cuchillo,
y trasládalo á mi cuello.

Rey. Para quien tu honor ofende
es solo aqueste instrumento.

Juan. Pues quién ofende mi honor?

Rey. Quien loco, bárbaro y ciego
menospreció mis avisos,
para mirar su escarmiento:
Gutierre Alfonso le ha dado
palabra de casamiento
á Beatriz.

Juan. Qué es lo que escucho?

Rey. Y en fe de este privilegio
logró su amor canteloso,
y negando el cumplimiento
á su promesa, Beatriz
hoy me empeña justiciero,
y por eso y otras causas,
que reservo á mi silencio,
mando, que sea su esposo.
Ea, llegad, dadle luego
la mano. *Gutier.* Señor, repare
vuestra Alteza::- *Rey.* Qué es aqueste?
vos replicais? *Gutier.* No señor,
á ser su espóso me ofrezco.
Esta es mi mano.

Dalé la mano á Beatriz.

Rey. Despues
dareis á un cuchillo el cuello.

Beatr. Señor, postrada á tus plantas::-

Juan. Yo á tus pies humilde puesto,
que á Gutierre le perdones
la vida, señor, te ruego;
solo esto, señor, te pido.

Rey. Yo la vida le concedo;
y porque desigualdades
no extrañe en el casamiento,
hago Nobles á tus hijos,
dándoles por privilegios
de su Nobleza, el Escudo
de mis Armas, añadiendo
para el dote de Beatriz
tres Villas, en que te vuelvo
del dinero que me diste,
doblado el número en premio.
Y en castigo de que tú
en sesenta años de tiempo
ver a tu Rey no has querido
á mi servicio asistiendo,
en Palacio has de quedarte,
que me has de ver, por lo ménos,
lo que tuvieres de vida.

Juan. Con tal dicha estoy contento.

Gutier. Llega, Beatriz, á mis brazos.

Abrázanse.

Beatr. Nueva vida cobro en ellos.

Todos. Y aquí el Sabio en su Retiro
da fin, perdonad sus yerros.

F I N.

Con Licencia, en Valencia, en la Imprenta de Joseph y Thomas de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos. Año 1773.